CONFERENCIAS MAGISTRALES
TEMAS DE LA DEMOCRACIA

Javier Garciadiego

Historia mínima de las elecciones en México

39

INE
Instituto Nacional Electoral

CONFERENCIAS MAGISTRALES

Javier Garciadiego

Historia mínima de las elecciones en México

INE
Instituto Nacional Electoral

CONFERENCIAS MAGISTRALES

Javier Garciadiego

Historia mínima de las elecciones en México

39

INE
Instituto Nacional Electoral

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente
Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeras y Consejeros Electorales
Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña
Dr. Uuc-kib Espadas Ancona
Dra. Adriana Margarita Favela Herrera
Mtro. José Martín Fernando Faz Mora
Carla Astrid Humphrey Jordan
Dr. Ciro Murayama Rendón
Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas
Mtro. Jaime Rivera Velázquez
Dr. José Roberto Ruiz Saldaña
Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo
Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control
Lic. Jesús George Zamora

Director Ejecutivo de Capacitación Electoral y Educación Cívica
Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

Historia mínima de las elecciones en México
Javier Garciadiego

Primera edición, 2022

D.R. © 2022, Instituto Nacional Electoral
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-8711-78-9
ISBN volumen impreso: 978-607-8790-88-3
ISBN obra completa electrónica: 978-607-8772-55-1
ISBN volumen electrónico: 978-607-8790-89-0

El contenido es responsabilidad del autor y no necesariamente representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*
Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

7 Presentación

Conferencia Magistral

Historia mínima de las elecciones en México

13 Las elecciones de la Revolución
25 Violencia y radicalismo
47 El difícil camino a la institucionalización
61 Elecciones hegemónicas, sin opciones
77 Los cambios imprescindibles, impostergables e irreversibles
89 Las elecciones del siglo XXI (a modo de colofón)
97 Referencias bibliográficas

111 Sobre el autor

Presentación

Uuc-kib Espadas Ancona

El interés académico por lo electoral, en mucho paralelo a la atención social prestada a estos procesos, ha tenido una trayectoria irregular desde la segunda mitad del siglo XX. Si en los momentos de elecciones casi invariablemente predecibles, en el pináculo de la estabilidad del régimen de partido de Estado, lo electoral se reportaba principalmente en estudios más amplios sobre el sistema político mexicano, a partir de la Reforma política de 1977 y durante el siguiente cuarto de siglo, la investigación y análisis en la materia se multiplicó, diversificó y profundizó. Este desarrollo se dio en una relación heterogénea con las preocupaciones y perspectivas sociales del largo proceso democratizador que concluyó con la alternancia partidista en la Presidencia de la República y el contradictorio proceso de transición política que se derivó de ésta. Por su relevancia general,

este período de cambio en su conjunto se constituyó en un objeto de estudio específico y pertinente, bien que sin excluir del todo sus antecedentes históricos.

En este contexto, la Historia que el Dr. Javier Garciadiego nos pone en las manos tiene, en primera instancia, la virtud de ofrecer una visión de conjunto de la transformación de lo electoral desde la Revolución mexicana -cuyo primer reclamo, nos recuerda, fue el de elecciones auténticas- hasta el límite de lo historiable, a principios del siglo XXI. Con esta perspectiva temporal, el autor reseña condiciones estructurales cuya transformación maduró a lo largo de todo el siglo, sin dejar de integrar las diversas y álgidas crisis electorales del período (1929, 1940, 1952 y 1988) en un análisis coherente. La historia electoral, refiere, no se define por los acontecimientos de finales del siglo XX, pues estos son el resultado de un más largo proceso de desarrollo. Es en este enfoque temporal justamente donde reside la mayor capacidad explicativa del estudio.

Al revisar estas décadas de transformación de lo electoral, el autor nos remite, puntualmente, a los procesos de cambio social sufridos por el país, en los que encuentra el sustrato básico del cambio político. Las condiciones concretas de las disputas electorales y su prolongado proceso de institucionalización nos revelan, bajo esta óptica, sus causas

funcionales, más allá de las heterogéneas coyunturas y crisis de la ininterrumpida sucesión de comicios.

En este recorrido, el cambiante estado de las fuerzas políticas e instituciones electorales, incluyendo el crucial proceso de partidización de la competencia misma, ve trazado su horizonte por las condiciones políticas y sociales generales del país, inmersas a su vez en una dinámica de transformación de variable intensidad y profundidad. El análisis histórico encuentra así grandes etapas del desarrollo electoral mexicano en el siglo XX, antes de alcanzar la aún terra ignota que para la Historia es, por definición, la contemporaneidad.

El autor traza de esta forma una irregular línea de continuidad que va de las elecciones resultantes de la agitación de los años revolucionarios, marcadas por la violencia, hasta los procesos de intensa competencia partidista con los que cerró el siglo XX mexicano. Su pluma nos describe sucesivos momentos de adecuación e institucionalización de las elecciones a una dinámica social que, por si misma, tendió, primero, a la estabilidad y, posteriormente, a una pluralidad de variables condiciones. Vemos así una historia en la que, gradualmente, la violencia electoral y pre-electoral va dando paso a procesos, primero, dominados por un aparato institucional que llega a alcanzar la capacidad de regular e imponer las dinámicas sucesorias del Estado en

su conjunto y, después, por una intensa competencia partidista que, eventualmente, desembocará en alternancias recurrentes en todos los cargos electivos, destacadamente la Presidencia de la República.

La óptica de Garciadiego nos permite distinguir, más allá de las diversas crisis electorales del período estudiado, y de los recurrentes actos violentos y represivos del Estado en un sistema de partido dominante, una dinámica de continuo desarrollo electoral en la que juegan un papel crítico los partidos políticos estables, desde el nacimiento del Partido Nacional Revolucionario, hasta la normalización de la diversidad partidista en las competencias electorales, y los cambios orgánicos de otros elementos del Estado mexicano, muy particularmente de la representación nacional en el Congreso de la Unión y su pluralización.

En pocas decenas de páginas, La Historia mínima de las elecciones en México nos ofrece pues una visión integradora de un siglo de transformación democrática de nuestro país, lejos de simplificaciones, y con una pulcritud metodológica más que notable, no sin dejar de abrir nuevas interrogantes y perspectivas analíticas. Se trata, a no dudar, de una lectura intelectualmente estimulante.

A Roberto Campa,
político visionario,
impecable funcionario,
gran concuño,
mejor amigo.

Agradezco la colaboración de
mi asistente Omar Urbina Pineda.

Las elecciones de la Revolución

La historia electoral del siglo XX en México es un tema que polariza a toda la población del país, pero que había sido estudiado con desinterés hasta hace muy poco. Incluso se le despreciaba. Para muchos era un asunto vergonzante. Permítaseme iniciar con una remembranza autobiográfica, que no acepto se reduzca al nivel de una simple anécdota personal. Estudiaba yo en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México a principios de los años setenta –hace apenas 50 años–, y prácticamente no se ofrecían cursos de temas electorales ni sobre los regímenes de partidos; tampoco de opinión pública. En rigor, no había cursos sobre estos asuntos porque no existían en la realidad concreta; en todo caso, eran como mucho marginales. Los resultados electorales eran puntualmente previsibles, pero esto no se debía a que padeciéramos una

severa dictadura. La explicación era otra: el país tenía un débil régimen de partidos porque llevaba décadas de buen desempeño económico, socialmente no se padecían graves antagonismos y en términos políticos se tenía una clase gobernante eficiente y unos partidos de oposición pequeños y débiles, carentes de políticos profesionales.[1] La falta de competencia provocó la falta de interés académico[2] y, peor aún, la despolitización de la sociedad.

En consecuencia, se estudiaba el presidencialismo, el corporativismo, las grandes centrales obreras y campesinas, al Partido Revolucionario Institucional (PRI), el caciquismo, y poco más. En términos internacionales interesaban Cuba, las guerrillas, los dictadores latinoamericanos y el imperialismo norteamericano. No había interés, porque no eran asuntos relevantes todavía, en el narcotráfico o en la violencia organizada; tampoco en los temas migratorios o en los relacionados con los derechos humanos. Ni siquiera nos interesaba el análisis de los medios de comunicación,

---

1 Había también una explicación histórica: nuestra tradición monopartidista. Triunfante el Partido Liberal a mediados del siglo XIX, se proscribió al Partido Conservador; después de la Revolución se dificultó la organización de cualquier movimiento ajeno o contrario a ésta.

2 Consúltese una muestra muy precisa de la producción historiográfica anterior, en Verónica Vázquez Mantecón, "Selección bibliográfica sobre los principales partidos políticos mexicanos, 1906-1970", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 2, abril-junio de 1977.

aún muy limitados. Sin embargo, las agendas de investigación y los debates en los medios comenzaron a cambiar en el último tercio del siglo XX, cuando las recurrentes crisis económicas impactaron el ámbito político y la estructura social del país.

Fue entonces, y sólo a partir de entonces, cuando se modificó radicalmente nuestro sistema electoral: se pasó de uno de partido hegemónico a uno de partido dominante, y en muy poco tiempo se tuvo un sistema de competencia electoral plena, con una ciudadanía que estaba cambiando rápidamente su cultura política. Fueron necesarias grandes creaciones institucionales y numerosos cambios normativos, y el resultado no puede dejar de encomiarse. Los análisis y estudios electorales comenzaron a proliferar.[3] Para los políticos de casi todas las tendencias, y para la mayoría de las y los analistas y estudiosos, México comenzó entonces su "transición a la democracia". Obviamente, no considero que alternancias partidistas y democracia sean sinónimos, pero es evidente que la sana competencia electoral es condición *sine qua non* para que

3 A la misma conclusión llegó Georgette José Valenzuela, coordinadora del libro más completo sobre la historia de nuestros procesos electorales: *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006*, México, UNAM, 2012. Según la doctora José, estos estudios "comenzaron a adquirir mayor interés y relevancia [...] a partir de 1985", p. 13.

se desarrolle y consolide la democracia. Tampoco pretendo aquí entrar al debate de si ha concluido ya el periodo de la "transición a la democracia", aunque sí puedo –y debo– asegurar que como historiador estoy absolutamente convencido de que ha sido un proceso muy positivo para el país, a pesar de algunas fallas y retrocesos y de tener todavía por delante muchos retos y deficiencias.

Con todo, como historiador también puedo asegurar que nuestra historia electoral no se define ni divide por ese parteaguas de finales del siglo XX y principios del XXI. Como en todo hecho histórico, su periodo de antecedentes y desarrollo es siempre más prolongado y complejo, pero también más significativo y aleccionador de lo que a primera vista parece. ¿Dónde comienza entonces nuestra historia electoral? Como en tantos otros elementos de nuestra historia moderna y contemporánea, la Revolución puede ser vista como un inicio válido. Los tiempos históricos y los tiempos cronológicos casi nunca coinciden: nuestro siglo XX comenzó en 1910.

De hecho, la Revolución tuvo como su primera causa y bandera, aunque pronto surgieron otras, un reclamo electoral: "sufragio efectivo, no reelección". No es cierto que el inexperto Madero creyera ingenuamente que todos los problemas del país se solucionarían con la salida del longevo

presidente. Su propuesta era doble, y comenzaba, ilustrativamente, con el reclamo y el compromiso del "sufragio efectivo". En efecto, Madero consideraba que no era aceptable nuestro decimonónico régimen de votaciones "indirectas", a dos vueltas, una para designar a los "electores" y otra para que éstos eligieran a los candidatos vencedores. Madero estaba convencido de que este sistema desalentaba la participación en los asuntos públicos de la mayor parte de la población, pues limitaba dicha participación a los "notables" de cada distrito, por lo general funcionarios públicos o empresarios locales. Sin duda era un modelo restrictivo, excluyente.

Las aportaciones de Madero no se limitaron a tan atinado diagnóstico. Hombre más práctico que analítico, el hacendado coahuilense tenía muy claro que para toda contienda electoral se requerían partidos políticos que promovieran que se votara por sus candidatos. Entendió también que dichos partidos debían organizar giras y fundar sus propios periódicos para que la población conociera a sus candidatos y sus mensajes. Para lograr su objetivo cada partido debía contar con estructuras estatales y locales, lo que implicaba un inmenso esfuerzo organizativo. Fue así como Madero creó el primer partido político moderno en México, y fue también el protagonista de las primeras giras electorales, hechas en buena medida gracias a los

ferrocarriles y telégrafos porfiristas. Pero cuidémonos de personalizar el tema. Hubo otra protagonista: la clase media que se movilizó en favor de tal cambio, la que había surgido por el crecimiento económico alcanzado. Convengamos: no hay transformaciones socioeconómicas que no produzcan cambios políticos.

Aunque breve, la experiencia electoral de Madero fue intensa: primero fue mecenas, no candidato, de tres procesos electorales oposicionistas en su natal Coahuila; luego creó el Partido Nacional Antirreeleccionista y compitió, acompañado de Francisco Vázquez Gómez, contra la mancuerna Díaz-Ramón Corral, quienes fueron declarados vencedores. Esta contienda fue la que dio lugar a la Revolución, pues el final del proceso fue muy ilustrativo del autoritarismo imperante: Madero, el único candidato opositor, pasó las elecciones encarcelado. Luego del triunfo de la lucha armada antiporfirista, Madero fue candidato, ahora con José María Pino Suárez como compañero y con el apoyo del nuevo Partido Constitucional Progresista. Era el hombre del momento: su triunfo fue arrollador, pero todavía con el sistema de elecciones indirectas.[4]

---

4 Josefina Mac Gregor, "Intentos democratizadores: las campañas presidenciales de 1910 y 1911", en Georgette José Valenzuela, *op. cit.* Véase también Felipe Ávila, "Las elecciones de 1911, un ensayo democrático", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 23, México, UNAM-IIH, enero-junio de 2002.

Como lo había prometido, durante su presidencia se adoptó el sistema de elecciones directas,[5] que ya se aplicó en las elecciones para el Poder Legislativo federal de mediados de 1912. Paradójicamente, el primer proceso electoral presidencial con voto directo tuvo lugar en octubre de 1913, y tenía como objetivo legitimar la toma de la presidencia por Victoriano Huerta. De hecho, desde su llegada al poder en febrero se había acordado, en el Pacto de la Embajada, que pronto se debían organizar elecciones, buscando la normalización de la vida nacional. Era evidente que el más interesado en dichas elecciones era Félix Díaz; en cambio, Huerta se dedicó a posponerlas y a debilitar al sobrino de don Porfirio.[6]

Finalmente tuvieron lugar los comicios, pero se hicieron en plena lucha armada, lo que dio lugar a la crítica de los diputados "renovadores" y liberales, de algunos periodistas y de varios representantes internacionales, quienes cuestionaron que tuvieran lugar las elecciones con tantas regiones sustraídas al control del gobierno. Fue de tal magnitud la oposición previa del Poder Legislativo,

5 El cambio implicó reformar los artículos 76 y 79 de la Constitución de 1857.

6 Lo debilitó al grado de enviarlo a Japón como embajador especial, para agradecer al emperador las atenciones que había tenido con México durante el centenario de la Independencia, en 1910, tres años antes.

que los esbirros del gobierno pretendieron amedrentar a los diputados y senadores con el asesinato de uno de ellos, Belisario Domínguez. El hecho resultó contraproducente, pues creció la oposición, al grado de que Huerta decidió disolver el Poder Legislativo. Así, las controvertidas elecciones extraordinarias para presidente y vicepresidente tuvieron, sin mayores preparativos, que incluir las elecciones de un nuevo Poder Legislativo. Además de falta de participación partidista auténtica, prevaleció la abstención por el miedo y la desconfianza en las consecuencias: el resultado oficial fue la instalación de un nuevo Congreso y la anulación de las elecciones del Poder Ejecutivo, pues más de la mitad de las casillas no pudieron instalarse.[7] También se acordó una nueva fecha, el primer domingo de julio de 1914, para otros comicios, los que no pudieron realizarse pues ese mes Huerta huyó del país, vencido por los ejércitos revolucionarios.

Como se sabe, luego de la derrota de Huerta vino la guerra "de facciones" –o guerra "de la Convención"–, a todo lo largo de 1915. Los vencedores fueron los constitucionalistas, encabezados por Venustiano Carranza. Una vez alcanzado un apreciable control del país, en términos militares,

7 Josefina Mac Gregor, "1913: la primera elección presidencial a través del voto directo. Pésimo augurio", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

políticos, sociales y geográficos, llegó el momento de volver a la plena legalidad. Para ello se convocó a elegir un Congreso Constituyente, que promulgó la nueva Constitución nacional a principios de 1917. Dado que para el regreso al orden constitucional se requería tener un gobierno legal, o sea, electo debidamente, el 6 de febrero, y con base en el 2° artículo transitorio de la nueva Constitución, se convocó a elecciones nacionales de presidente, diputados y senadores, que tendría lugar el segundo domingo de marzo. La mecánica posterior era muy simple: la XXVII Legislatura debía estar instalada a mediados de abril y su primera responsabilidad sería "calificar" las elecciones del Poder Ejecutivo.

Aquellas elecciones de 1917 tuvieron las siguientes características: hubo un candidato único a nivel presidencial, Carranza, pues Álvaro Obregón y Pablo González, hasta entonces carentes de toda experiencia política, pospusieron sus aspiraciones para 1920. Asimismo, se adolecía de instituciones partidistas, tanto porque el partido maderista y el Partido Católico Nacional habían sido disueltos durante el huertismo, como porque Carranza había decidido que mientras durara la guerra "de facciones" no convenía organizar un partido nuevo, para no distraer –o molestar– a sus militares. Sin embargo, entre septiembre y octubre de 1916, ante las elecciones para los diputados constituyentes y la propia de Carranza, se creó el Partido

Liberal Constitucionalista: lo integrarían tanto militares como civiles, y en términos de grupos los más relevantes serían los carrancistas, los obregonistas y los gonzalistas. Además, se buscó que tuviera una amplia estructura nacional, con base en los gobiernos estatales y locales y en las fuerzas del Ejército Constitucionalista destacamentadas en cada región del país. No hay duda: fue un partido con más jefes que bases.

En ausencia de contendientes, más que una lucha electoral fue un mecanismo legitimador para que Carranza pasara de *Primer Jefe* a presidente constitucional del país.[8] Sin embargo, la presidencial no fue la única elección de 1917, pues el regreso a un régimen constitucional obligaba a que todo el aparato gubernamental fuera debidamente electo, por lo que tuvieron que organizarse comicios para las gubernaturas y las presidencias municipales, así como para los congresos locales. Algunos de los muchos candidatos se ampararon en el Partido Liberal Constitucionalista o en su respectiva filial regional. Otros se apoyaron en asociaciones, clubes, o partidos estatales, todos efímeros y personales.

8 Véase mi ensayo "Las elecciones de 1917 o la búsqueda de la legitimidad", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

Contra lo que había sucedido en la soporífera elección presidencial, un buen número de las demás elecciones se caracterizó por la ruda competencia y el conflicto posterior. Hubo algunos casos que derivaron en luchas y rebeliones, como sucedió en Tamaulipas, Coahuila y Tabasco. En un número mayor de entidades la clase política local se escindió: los ganadores se identificaron con el grupo de Carranza; los que no, engrosaron el creciente grupo obregonista. El pronóstico para las elecciones de 1920 se enturbiaba día a día. Muchos de los triunfadores en aquellas elecciones fueron civiles, quienes llegaron a desplazar a militares que habían ocupado las gubernaturas y los puestos de mando locales durante el periodo preconstitucional. Si bien sería un grave error reduccionista identificar a los civiles con Carranza y a los militares con Obregón y Pablo González, [9] es indudable que comenzó a perfilarse una división, además de por sus ideologías y filiaciones, entre civilistas y militares, la que definiría los procesos electorales del decenio siguiente.

9 Había otros poderosos militares independientes de ambos, que controlaron su estado o su región mediante subalternos o políticos cercanos. Algunos ejemplos serían Cándido Aguilar en Veracruz, Salvador Alvarado en el sureste, Juan Barragán en San Luis Potosí y Manuel Diéguez en Jalisco.

Violencia y radicalismo

El resultado de las elecciones de 1920 fue definido por los graves problemas que enfrentó la presidencia de Carranza, por un inmenso error estratégico de éste y por el crecimiento de la oposición, que se agrupó alrededor del candidato independiente Álvaro Obregón. En efecto, don Venustiano decidió que su sucesor fuera un civil, para desilusión y enojo de Pablo González y para regocijo de Obregón, quien sabía que el Ejército Nacional era la principal institución política del país, con abundante presupuesto, amplia presencia territorial, clara estructura organizacional, disciplina y prestigio; sabía también que él era el líder nato de dicho ejército, sobre todo después del asesinato de Zapata –en abril de 1919–, en el que estuvo involucrado González, lo que hizo que aumentara su desprestigio y se acrecentara la buena fama de Obregón.

Para desgracia de Carranza, eran pocas las opciones civilistas: su Secretario de Gobernación, Manuel Aguirre Berlanga, carecía de carisma y de fuerza política propia; Luis Cabrera, por su carácter agrio y soberbio, generaría más rechazos que adhesiones; Félix Palavicini era excesivamente proyanqui, lo que no gustaría a la opinión pública, y más después del nacionalismo imperante durante el decenio. De hecho, dos principios dominaban el pensamiento de don Venustiano: su civilismo y la soberanía nacional. Por ende, no consideró a Palavicini como sucesor, optando en cambio por Ignacio Bonillas, su embajador en Washington y quien le garantizaba la continuidad de su política exterior.

Los personajes y grupos contendientes quedaron claramente definidos. Obregón tenía gran arraigo dentro de la facción constitucionalista y la opinión pública lo consideraba el héroe militar de la Revolución; además, era claro que era ajeno al excluyente grupo en el poder. Sobre todo, contaba con el respaldo de uno de los grupos más poderosos dentro de la Revolución: el del noroeste, decidido a desplazar al grupo coahuilense, que había ejercido el liderazgo del movimiento desde 1910. Tres elementos más: si bien contaba con el decidido apoyo de buena parte del Ejército, también tenía el de todos los políticos civiles ajenos al grupo carrancista. Sobre todo, era el caudillo de un amplio

grupo de la clase media revolucionaria dispuesta a establecer pactos con los sectores populares, lo que Carranza siempre había rechazado. Por último, tenía carisma. En cambio, Bonillas era un funcionario respetable,[10] pero muy poco conocido por la opinión pública; además, carecía de un grupo sociopolítico propio. Por su parte, el poco agraciado Pablo González siempre creyó que ante la amenaza de Obregón y los sonorenses Carranza abandonaría su ideología civilista y lo apoyaría como sucesor. Como eso no sucedió, terminó también por rebelarse contra Carranza, quien así perdió el mayor apoyo militar con que contaba.

La campaña de Obregón comenzó pronto y fue arrolladora desde un principio. No sólo se le sumaban a diario distintos contingentes, sino que el Partido Liberal Constitucionalista y la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) rompieron con Carranza y decidieron apoyarlo en forma decidida.[11] En cambio, para que la campaña de Bonillas

10 Nacido en el norte de Sonora, por carencias económicas su familia se trasladó a Tucson, Arizona, donde creció e hizo sus estudios, hasta que ingresó –becado– al Instituto de Tecnología de Massachusetts a estudiar ingeniería. Regresó luego a Sonora, donde tuvo cierto éxito económico y se hizo oposicionista. Fue diputado local al triunfo de Madero y fue clave en el rechazo del gobierno estatal a la usurpación de Huerta. Con Carranza estuvo al frente de dos secretarías, de Fomento y de Comunicaciones. Luego, a partir de 1917, fue el embajador en Washington.

11 La CROM había nacido en 1918 al amparo del gobernador carrancista de Coahuila, Gustavo Espinoza Mireles.

pudiera adquirir alguna fuerza requería del apoyo gubernamental. Así, la suya fue una triste campaña oficialista. Eran tales las diferencias entre Bonillas y Obregón, que Carranza decidió obstruir al máximo al sonorense, a quien buscó involucrar con un rebelde[12] para impedir que legalmente pudiera ser candidato, por lo que huyó de la capital e inició la rebelión. También diseñó una doble estrategia: conseguir el apoyo de los gobernadores para Bonillas y bloquear el inminente alzamiento militar de los sonorenses. Fracasó en ambos intentos, pero provocó que éstos se rebelaran contra su gobierno en la llamada Revuelta de Agua Prieta, de abril de 1920. Ante dicha coyuntura, Pablo González decidió también rebelarse, confiado en que la mayor cercanía de sus numerosas fuerzas a la capital del país le permitiría tomarla y hacerse de la Presidencia.

Los acontecimientos posteriores son de sobra conocidos: ante la insurrección de los dos principales contingentes del Ejército, Carranza decidió abandonar la Ciudad de México y asentar su gobierno en Veracruz. Nunca pudo llegar al puerto: obstruida la marcha del enorme convoy,

12 Me refiero a Roberto Cejudo, militar porfiriohuertista que luego luchó en Veracruz contra el gobierno constitucionalista de Carranza a partir de 1915, a las órdenes de Félix Díaz o de Manuel Peláez. Entre 1919 y 1920 se rindió al gobierno de Carranza, pero se aseguró que Obregón le había recomendado que volviera a rebelarse, todo esto durante la contienda por la sucesión presidencial.

se tuvo que internar en la sierra de Puebla, donde fue asesinado por un oscuro rebelde. No es éste el lugar para discutir sobre los responsables últimos de su muerte. Lo importante es señalar que se dio en el contexto de un proceso electoral interrumpido por una rebelión. Más interesante es destacar que fue una lucha preelectoral, esto es, no fue un alzamiento provocado por un inaceptable resultado fraudulento. El motivo del encono fue la designación del sucesor. Concluyamos: en política, las propuestas más plausibles, si son prematuras, resultan fallidas, y el civilismo lo era. Esto explica que el sistema político mexicano haya sido dominado durante varios años por los militares que habían hecho la Revolución. "No era el tiempo de los civiles", dijo un historiador especialista en el tema.[13] Una vez triunfante la Revuelta de Agua Prieta, el Congreso designó a un presidente interino al que se dio la responsabilidad de organizar unas elecciones extraordinarias. Los candidatos presidenciales serían Álvaro Obregón y Alfredo Robles Domínguez, también civil, de larga trayectoria revolucionaria pero sin fuerza política propia y poco conocido por la opinión pública.[14] El resultado era totalmente previsi-

13 Me refiero a Álvaro Matute, "La primera campaña electoral de Álvaro Obregón: 1919-1920", en Georgette José (coord.), *op. cit.*, p. 284. Sobre todo, consúltese del mismo Matute, *La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980.

14 Caso parecido al de Bonillas, el ingeniero guanajuatense Alfredo Robles Domínguez fue uno de los más importantes jefes del maderismo; luego fue operador de Carranza

ble: Obregón arrolló, ya no como candidato independiente sino como caudillo victorioso.

Para la elección de 1924 volvió a estallar otra rebelión preelectoral, por el enojo de muchos aspirantes contra las preferencias del presidente Obregón por tener como sucesor a Plutarco Elías Calles. Otra vez, como en 1920, la pugna se daría al interior del grupo revolucionario en el poder; en concreto, al interior del llamado "grupo sonorense". Otra vez, como en 1920, el protagonista sería el Ejército y no un partido político. Los principales aspirantes a la sucesión eran miembros del gabinete: el general Calles y Adolfo de la Huerta, civil. Ambos tenían fuerza política y sus respectivos apoyos: la Cámara de Diputados se dividió en dos bandos y había gobernadores callistas y delahuertistas. Se podría pensar que en el Ejército dominarían los obregonistas y callistas, pero eran tantos los destacados revolucionarios que se creían superiores a Calles, como Salvador Alvarado, Jesús Agustín Castro, Manuel Diéguez, Enrique Estrada, Francisco Figueroa, Manuel García Vigil, Raúl Madero, Fortunato Maycotte y Guadalupe Sánchez, que desde un principio se supo que si Obregón insistía en tener

---

en la Ciudad de México al triunfo del movimiento constitucionalista. Lo dicho: gran trayectoria pero sin fuerza política propia. Compitió contra Obregón en 1920 como candidato del Partido Nacional Republicano, de existencia casi nominal.

a Calles como sucesor habría una rebelión preelectoral como cuatro años antes.

Las campañas de ambos, incluso antes de ser candidatos oficiales, fueron muy rijosas. A Calles lo apoyaban los partidos Laborista y Agrarista; a De la Huerta, el Cooperatista Nacional. Sin embargo, a finales de 1923 la contienda electoral dio paso a una grave rebelión militar, que se prolongó hasta abril de 1924. El proceso bélico fue breve y el resultado contundente. Quienes lo han estudiado concluyen que fue una rebelión desintegrada, sin una buena estrategia, carente de un líder y de un ejército común. Más bien parecía la lucha de varios grupos militares regionales, sin coordinación alguna; cada uno encabezado por un distinguido revolucionario, de fuerte personalidad, lo que los hizo considerablemente autónomos. Es evidente que lo que los unía no era su simpatía por De la Huerta sino su rechazo al binomio Obregón-Calles, y su ambición por la Presidencia del país. Si bien De la Huerta trató de imponer un liderazgo, lo cierto es que todos esos altos militares –auténticos caudillos– "querían mandar y nadie deseaba obedecer".[15] En cambio, en el bando gubernamental eran indudables el liderazgo de Obregón y la disciplina

15 *Cfr.* Georgette José, "La primera campaña presidencial posrevolucionaria exitosa: 1923-1924", en Georgette José (coord.), *op cit.*, p. 322.

de los militares leales. Además, Obregón diseñó una mejor estrategia de lucha y contó con un buen aprovisionamiento de armas y municiones.

La derrota militar del delahuertismo trajo dos consecuencias políticas y electorales: se fortaleció y prestigió aún más Obregón, y perdieron su fuerza política –algunos, la vida– los más importantes jefes políticos y militares opositores, comenzando por el propio De la Huerta. Fue tan rápida su derrota, que no hubo necesidad de posponer las elecciones: éstas tuvieron lugar, de acuerdo a lo estipulado, en julio de 1924, pero al no contarse ya con De la Huerta ni con ninguno de los prestigiados revolucionarios anticallistas –pienso ahora en Antonio I. Villarreal,[16] uno de los más longevos revolucionarios–, el contendiente de Calles terminó siendo un personaje de menor relevancia, lo que facilitó el triunfo del hábil sonorense.

Más que hacer una breve historia de la contienda electoral entre Calles y el general y gobernador sinaloense

16 El "normalista" Antonio I. Villarreal comenzó su carrera revolucionaria como liberal y magonista; luego fue maderista, constitucionalista, estuvo en la Convención y terminó exiliado entre 1915 y 1920. Fue secretario de Agricultura en el gabinete de Adolfo de la Huerta, pero rompió con Obregón. Participó en la rebelión delahuertista, en el antirreeleccionismo de 1927 contra Obregón y en la lucha escobarista de 1929. Al menos en un par de ocasiones aspiró a la Presidencia del país.

Ángel Flores, de prestigio local, lo relevante es subrayar que la contienda electoral fue otra vez sucedánea de una rebelión militar. Era comprensible: como militares revolucionarios estaban convencidos –tal había sido su experiencia biográfica– de que el poder se conquistaba por las armas. Así, para abril de 1924 Ángel Flores inició su campaña electoral en condiciones de clara desventaja. Fue poca su actividad; pocas sus declaraciones –"el candidato mudo", se le llamó–, pero de ninguna manera puede vérsele como un candidato artificial: débil, sí; "palero", no.[17] De hecho, anticipando un grave conflicto próximo, su campaña fue apoyada por algunos círculos católicos agrupados en el Partido Nacional Republicano, así como por numerosos hacendados y exdelahuertistas amnistiados.

Resulta evidente que el sistema electoral mexicano estaba aún en ciernes: no se contaba con las instituciones pertinentes ni con la cultura política adecuada; en efecto, el país carecía de una voluntad electoral generalizada. Era claro que se prefería contar con fuerza militar que con una maquinaria electoral. En la "memoria histórica" nacional la rebelión delahuertista predomina sobre la campaña

17 Gran conocedora del tema, Georgette José Valenzuela ha publicado: *El relevo del caudillo (de cómo y por qué Calles fue candidato presidencial)*, en 1982, y *La campaña presidencial de 1923-1924 en México*, en 1998.

electoral entre Calles y Flores de 1924, que se resolvió de manera anodina y con resultados inobjetables por lo disparejos. El proceso electoral de 1923 y 1924, con la fallida rebelión delahuertista y el triunfo de Calles, tuvo otra secuela: la consolidación de Obregón como el gran caudillo revolucionario. No es del todo exagerado afirmar que durante la presidencia de Calles el país fue gobernado por una diarquía.[18] De hecho, nunca se sabrá si Obregón tenía la fuerza política suficiente para modificar la normatividad constitucional que se requería para que se permitiera una reelección no inmediata, pero es evidente que el cambio fue impulsado también por Calles, contemplando un futuro dominado por la alternancia presidencial entre ambos. Las tres posturas fueron claras: los diputados obregonistas promovieron las reformas; los diputados callistas ni las objetaron ni las congelaron, y el presidente Calles no ejerció su capacidad de veto.

Debe subrayarse que, más que un cambio de dos artículos constitucionales –el 82 y el 83–, lo que se estaba modificando era el principio que había dado lugar a la Revolución.

---

18 Rafael Loyola, *La crisis Obregón-Calles y el Estado Mexicano*, México, Siglo XXI Editores, 1991. Sirva esta mención para hacer un pequeño pero sincero homenaje al querido y respetado colega, muerto por la Covid-19 a principios de este año.

Para ser más preciso: se revertía el principio de la "no reelección", y el del "sufragio efectivo" aún no se consolidaba. ¿Significaba esto que México volvía, en temas electorales, a la situación porfiriana? De ninguna manera: eran muchos los avances y el sistema electoral estaba en un proceso que, aun con sus retrocesos, equívocos y pausas, estaba próximo a conseguir grandes mejoras. Sin embargo, recuérdese siempre que la historia no procede "a brincos" y que los procesos históricos son siempre complejos. De no ser así, la Historia carecería de fuerza propedéutica, que es su mayor valor.

Como había sucedido en 1920, Obregón volvió a ser el protagonista de las elecciones, pero ahora no como candidato opositor sino como el caudillo revolucionario que disponía del respaldo gubernamental. Era evidente que la propuesta reeleccionista fracturaba el carácter dinástico que tenía el proceso sucesorio en el grupo sonorense, por lo que los jefes que se creían siguientes en el turno se sintieron desplazados y lanzaron sus candidaturas amparadas en el principio antirreeleccionista, tan caro para la mayoría de los revolucionarios. Me refiero a Arnulfo R. Gómez y a Francisco Serrano, ambos destacados militares del noroeste, quienes hicieron sus campañas por separado a pesar de que algunas veces consideraron su unificación.

Gómez sería apoyado por un revivido Partido Nacional Antirreeleccionista,[19] creado por Madero en 1910. Serrano tendría el respaldo de un efímero Partido Nacional Revolucionario, creado en 1926. De los dos, Arnulfo R. Gómez fue el más activo y el que tenía mayor fuerza política, personal e institucionalmente; su campaña fue muy altisonante, hasta vitriólica.

Como era previsible, reapareció la violencia característica de nuestros procesos electorales de esos años, y entre octubre y noviembre de 1927 murieron violentamente Serrano y Gómez. El primero fue acribillado, junto con sus principales colaboradores, en el paraje de Huitzilac, al ser traídos presos de Cuernavaca a la Ciudad de México. El segundo fue fusilado semanas después en Teocelo, Veracruz.[20]

---

19 La fuente clásica es Vito Alessio Robles, *El antirreeleccionismo como afán libertario de México*, México, Editorial Porrúa, 1993.

20 Pedro Castro, *A la sombra de un caudillo. Vida y muerte del general Francisco R. Serrano*, México, Editorial Plaza y Janés, 2005. Arnulfo R. Gómez nació en Navojoa y fue veterano de la huelga de Cananea. Luchó contra Porfirio Díaz desde abril de 1911 y luego fue de los primeros en Sonora en alzarse contra Huerta, a finales de febrero de 1913. A las órdenes de Calles, luchó contra el maytorenismo a mediados de 1914, y en 1915 luchó contra el villismo convencionista bajo el mando de Ángel Flores. Ya con el grado de general, entre 1916 y 1918 estuvo al frente de la 4ª División del Noroeste y en 1919 fue jefe de Operaciones Militares en las Huastecas, donde indistintamente combatió a los rebeldes de Félix Díaz y Manuel Peláez. Fue un destacado aguaprietista en 1920 y durante la presidencia de Obregón

Ambos fueron acusados de estar preparando una rebelión. Dado que sus campañas antirreeleccionistas se hicieron por separado, es de suponerse que tampoco tenían pactado un alzamiento común. Aunque los dos murieron por balas gubernamentales, las autoridades nunca dieron explicaciones verosímiles sobre sus planes rebeldes.

Comoquiera que haya sido, la contienda electoral de 1928 terminó teniendo un solo candidato.[21] La campaña solitaria de Obregón fue coordinada, como en 1920, por el Centro Director Obregonista, que contó con la participación del Partido Nacional Agrarista, el Partido Laborista Mexicano –dirigido por el callista Luis N. Morones–, el Partido Socialista Mexicano, creado en el mismo 1928, el gremio de los ferrocarrileros y numerosas organizaciones regionales.[22] Sin embargo, no duró mucho el festejo por su triunfo.

---

fue jefe de Operaciones en varias zonas, comandante militar de la Ciudad de México y luchó contra el delahuertismo. Con Calles fue comisionado al extranjero. Al regresar, pidió su retiro del Ejército para participar en la contienda electoral. Arnulfo R. Gómez tiene la suerte de contar con un nieto muy interesado en la historia y en rescatar la figura de su abuelo. Consúltense varios textos suyos en el diario digital *Voces.*

21 Obregón también estuvo a punto de morir por esas fechas, pues sufrió un atentado a mediados de noviembre de 1927.

22 Javier Mac Gregor Campuzano, "Campañas electorales en México, en 1927-1928", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

Como es de sobra sabido, Obregón fue víctima de un magnicidio tres semanas después de su victoria, a manos de un católico exaltado. Es incorrecto decir que murió siendo "presidente electo", pues la elección aún no había sido calificada; también es cuestionable llamarlo el candidato ganador, pues no había vencido a nadie. Como sea, su muerte generó una de las mayores crisis políticas de todo el siglo XX mexicano. Por lo mismo, obligó a buscar las soluciones adecuadas. El vacío de poder era gravísimo, pues se trataba de la desaparición del último gran caudillo de la Revolución,[23] pero Plutarco Elías Calles, el presidente saliente, fue clave en su solución. Si durante su presidencia el país había vivido –ya se dijo– bajo una diarquía, la desaparición de Obregón dio lugar a que Calles se convirtiera en el *Jefe Máximo*. La doble solución propuesta por Calles fue legal y fue política. Hubo quienes sugirieron que, con el control que tenía del aparato político, reformara la Constitución para que se permitiera que la reelección, ya autorizada, pudiera ser inmediata. Otra propuesta de solución implicaba un raudo cambio constitucional que prolongara su mandato. De hecho, no eran propuestas excluyentes; la segunda implicaba la primera, aunque sin

23 Pedro Castro, "La campaña presidencial de 1927-1928 y el ocaso del caudillismo", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* México, UNAM-IIH, núm. 23, enero-junio de 2002.

necesidad de campaña electoral. Sin embargo, Calles entendía que su permanencia en el poder lo convertiría en el beneficiario del crimen.

Calles decidió entregar el mando oficial al término exacto de su mandato, pero conservando el poder de manera informal. El *Jefe Máximo* daría nombre a ese periodo histórico: el Maximato. La solución legal estaba claramente señalada en la Constitución: el Congreso federal debía nombrar un presidente interino que convocara a nuevas elecciones. Los diputados obregonistas pretendían elegir al más importante y decidido obregonista, pues el triunfo electoral había sido colectivo; sin embargo, Calles maniobró para que fuera alguien aceptable para los obregonistas, pero que también le permitiera incidir en la conducción del país. El designado fue Emilio Portes Gil.[24]

Calles propuso también una solución política: pasar de la época de los caudillos al tiempo de las instituciones. Calles era consciente de que los conflictos de los últimos años habían sido preelectorales, no contra supuestos resultados fraudulentos sino por rechazos a la designación de

24 Rafael Loyola, "La reelección de Obregón y la designación conciliatoria de Portes Gil", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988*, México, Nueva Imagen, 1992. De esta obra colectiva es mejor consultar la segunda edición, de 1992, pues incluye varios capítulos más que la primera, de 1981.

los candidatos a la sucesión. También era consciente de que los protagonistas de estos conflictos habían sido militares.[25] En esos tres procesos electorales –1920, 1924 y 1928– Calles había sido protagonista: en el primero como jefe militar de la rebelión; en el segundo como candidato cuestionado, y en el tercero como presidente saliente. El país no podía seguir dividiéndose violentamente en cada proceso electoral. Era muy costoso en todos sentidos. Había que crear una instancia que resolviera pacíficamente la manera de designar a los candidatos.

Dicha instancia fue el Partido Nacional Revolucionario (PNR), creado por Calles en marzo de 1929 con la finalidad de agrupar al mayor número de veteranos –militares y civiles– de la Revolución, sin importar facción ni origen geográfico. El objetivo era muy pertinente porque enfrentaba el mayor reto del país: evitar que cada sucesión presidencial escindiera al grupo en el poder,[26] tendencia que, de prolongarse, sería desastrosa. Lo que se buscaba

25 Las excepciones serían Bonillas en 1920 y De la Huerta en 1924, ambos vencidos.

26 Alejandra Lajous, *Los orígenes del partido único en México*, México, UNAM, 1979. Dos buenas historias de este partido, con sus transformaciones, son: Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucional (Medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo Estado en México, 1928-1945*, México, Siglo XXI Editores, 1982; Miguel González Compean y Leonardo Lomelí (coords.), *El Partido de la Revolución. Instituciones y conflictos (1928-1999)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

era disciplina política, sólo posible a través de un partido fuerte y cohesionado. "Infancia es destino", reza el refrán: el PNR no nació para oponerse a un gobierno autoritario, como había sido el caso del Partido Nacional Antirreeleccionista de Madero. Tampoco era un partido surgido "desde abajo", desde determinado sector social, como lo eran los partidos Agrarista y Laborista; en efecto, no era un partido "de clase". Era, sí, un partido pragmático, creado para conservar y administrar el poder, no para competir por él. Rechazo el vicio del "presentismo" en el análisis histórico, tampoco acepto la perspectiva "biologicista", que pretende analizar un hecho o proceso histórico por sus supuestos descendientes. La creación del PNR en 1929 fue muy positiva para nuestra historia: acabó con la violencia recurrente en cada elección y dio lugar al nacimiento de nuestro primer partido político permanente. Fue un gran avance. Todas las elecciones habían terminado, desde 1910, en grandes erupciones de violencia,[27] y dejaron de ser el campo de lucha entre los militares gracias a la creación de un partido, lo que implicaba fortalecer a los civiles.

El PNR fue fundado, además, para enfrentar un reto inmediato: la contienda electoral que tendría lugar ese año. Para comenzar, en su asamblea fundacional debía designar

27 Me refiero a las de 1910, 1920, 1924 y 1928; la única excepción fue la de 1917.

a su candidato. Como en el caso de la designación del presidente interino el año anterior, los obregonistas pretendieron que el candidato fuera uno de ellos, Aarón Sáenz, pero Calles prefirió que fuera un candidato con las siguientes características: que fuera aceptado por los obregonistas, que no representara una provocación para la sociedad católica mexicana,[28] que no estuviera involucrado en la violencia política de los años recientes, que fuera un hombre sin capital político propio para que dependiera del *Jefe Máximo*, pero que fuera conocido, con buena trayectoria y experiencia gubernamental. El designado respondía a este "retrato hablado": Pascual Ortiz Rubio.[29]

La elección presidencial de 1929 fue "extraordinaria" por razones legales, pero también por razones históricas. En efecto, es un hito y un mito de nuestra historiografía política, porque fue la primera elección en la que participó un partido político moderno concebido como una maquinaria

28 Recuérdese que el país padecía la Guerra Cristera, y Aarón Sáenz era un reconocido evangélico. *Cfr.* Pedro Salmerón, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político, empresario*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

29 Pedro Salmerón, "El primer candidato del partido de Estado. La 'invención' de Pascual Ortíz Rubio y la lealtad institucional de Aarón Sáenz", en *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca*, núm. 57, enero-abril de 2008.

electoral, y porque en la "memoria histórica" de los mexicanos y mexicanas ha sido definida como "el primer fraude" de nuestra historia posrevolucionaria. Contra este mito, muy alejado de la verdad, puede asegurarse que Ortiz Rubio ganó claramente la famosa contienda. Los factores de su triunfo son incluso obvios, pero siempre es más fácil denunciar y rechazar que analizar las derrotas electorales.

La elección de 1929 fue extraordinaria también por la participación de José Vasconcelos como candidato opositor. De vieja trayectoria revolucionaria –fue directivo del Partido Nacional Antirreeleccionista de Madero–, de gran labor como secretario de Educación Pública y bien reconocido como intelectual,[30] Vasconcelos regresó del exilio a finales de 1928 para comenzar pronto su campaña. Sin embargo, ésta fue coordinada por el Comité Organizador Pro-Vasconcelos, conformado por jóvenes necesariamente inexpertos. En cambio, Ortiz Rubio era apoyado por un

30 Sin duda el mejor conocedor de Vasconcelos es Enrique Krauze. Véase su ensayo ya "clásico": "Pasión y contemplación en Vasconcelos", en *Vuelta*, núms. 78 y 79, mayo y junio de 1983; asimismo véase, también de Enrique Krauze, "José Vasconcelos, la grandeza del caudillo", en *Letras Libres*, núm. 24, diciembre de 2000. Para un análisis de su filosofía, ahora es necesario consultar a Guillermo Hurtado, *El pensamiento del segundo Vasconcelos*, México, UNAM, 2020.

partido político que, aunque nuevo, había nacido fuerte y legitimado, con todo el apoyo físico gubernamental, recursos económicos y completa presencia nacional. Además, estaba conformado por hombres con larga experiencia política, con el apoyo del aparato político-administrativo de todo el país.

Por si esto fuera poco, la estrategia vasconcelista fue equivocada y su discurso, inapropiado. Para comenzar, Vasconcelos rechazó cualquier alianza con los sectores gubernamentales que pudieran estar resentidos por la política sucesoria de Obregón y Calles o por la candidatura de Ortiz Rubio, con el argumento de que todos eran miembros de la misma camarilla. Asimismo, aseguró que su candidatura era para combatir al militarismo, siendo que Ortiz Rubio era un ingeniero y el PNR significaba un paso hacia el civilismo; además, dicha afirmación le enajenó cualquier voto del numeroso sector castrense, parte del cual pudo estar molesto por la tendencia civilista que empezaba a asumir la política nacional. Peor aún, criticó abiertamente a los líderes obreros y a los jefes de las "ligas agrarias", llamándolos corruptos y caciques. Al margen de que sus afirmaciones fueran verdaderas, no recibió voto alguno de estos sectores sociales, los más numerosos del país. Para colmo, también "rompió lanzas" con los periodistas.

En síntesis, Vasconcelos careció de apoyos sociales y de aliados políticos.[31]

En cambio, la campaña de Ortiz Rubio fue mesurada y día a día ganó adeptos, en términos sociales y geográficos. Si bien carecía de carisma, todos los políticos del país –gobernadores, presidentes municipales, legisladores y líderes– le allegaron sin recato alguno un número alto de votos. Hasta el presidente Portes Gil colaboró, pues era muy conocido entre los llamados partidos "socialistas" del país; de hecho, había sido dirigente fundador del Partido Socialista Fronterizo.[32] El valor del PNR no puede minimizarse: experiencia, organización, presencia territorial y unidad. A diferencia de 1920, 1924 y 1928, lo que caracterizó a la "clase política" durante 1929 fue su disciplina, a pesar de la exigua rebelión "escobarista". En síntesis, no sólo ganó claramente Ortiz Rubio, sino que también ganó, y mucho, el sistema electoral mexicano: se contaba ya con el primer partido político moderno y se acabaron las rebeliones de carácter preelectoral. La elección de 1929 puede ser vista

31 Véase mi ensayo "Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929", en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México,* México, Reflejo GM Medios, núm. 10, enero-marzo de 2011.

32 Arturo Alvarado, *El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario,* México, El Colegio de México, 1992.

como el enfrentamiento entre una institución y un candidato personalista.[33] Los siguientes años traerían nuevos retos y problemas, pero la mejoría era ostensible.

En historia, continuidad y cambio son partes del mismo proceso, y los vencedores y vencidos son igualmente protagonistas de sus tiempos. En otras palabras, la derrota del vasconcelismo fue también positiva para nuestra historia: como experiencia aleccionadora, como bandera oposicionista y como etapa mítica de nuestra lucha por la democracia. En tanto más movimiento que partido, y además abiertamente caudillista, y por sus errores, sus propósitos y su carácter juvenilista, el vasconcelismo es parte entrañable de nuestra historia.

33 Hugo Pineda, *José Vasconcelos. Político Mexicano, 1928-1929*, México, Edutex, 1975; John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI Editores, 1978; Alejandra Lajous, "La primera campaña del PNR y la oposición vasconcelista", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*

El difícil camino a la institucionalización

Las aportaciones históricas de la creación del PNR se hicieron evidentes desde la siguiente contienda presidencial, pues no hubo violencia y sí mucha disciplina partidista. Estas elecciones tuvieron lugar en 1934 y su candidato fue Lázaro Cárdenas. En ausencia de otros partidos políticos auténticos, la suya fue una candidatura prácticamente única. Acaso lo más relevante en términos históricos fue el proceso de selección del candidato al interior del PNR, que probó las ventajas de la unidad y la disciplina del partido gobernante, así como la amplitud de las giras realizadas por Cárdenas a pesar de no enfrentar a opositor alguno, giras que sólo podían organizarse con el apoyo de un partido omnipresente. Su aportación a nuestra historia electoral fue inmensa y se sintetiza en la ausencia de violencia y en el aval que se daba a las ventajas de la institucionalización.

Sin embargo, la ausencia de otros partidos políticos sólidos era todavía una asignatura pendiente, sin fecha ni vaticinios de cumplimiento. En efecto, los contendientes de Cárdenas –Adalberto Tejeda, exgobernador de Veracruz y agrarista radical; Hernán Laborde, líder ferrocarrilero, y Antonio I. Villarreal– fueron apoyados por asociaciones efímeras y personalistas que se negaron a establecer una alianza a pesar de que todos compartían similares principios agraristas y en favor del movimiento obrero. En ausencia de opositores competitivos y luego de sus exhaustivas giras, el holgado triunfo de Cárdenas era predecible.[34] Sin embargo, podría parecer sorprendente el alto porcentaje de abstencionismo. Las explicaciones son obvias: por un lado, la falta de competencia por la ausencia de alternativas verosímiles; por otro lado, Cárdenas, aún sin una personalidad definida, era visto como un miembro más del grupo de Calles; por último, su propuesta por la educación socialista desanimó a los votantes. Para colmo, a las mujeres no les estaba permitido votar.

El avance de nuestra historia electoral no tendría un desarrollo expedito, lineal y progresivo. Habría avances en las

34 Carlos Martínez Assad, "La elección de Cárdenas, el nuevo rumbo", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*; Pavel Navarro V., "Todos a la izquierda. La campaña presidencial de 1934", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

siguientes elecciones, pero también problemas serios, especialmente en las de 1940 y 1952. Los cambios en los sistemas electorales son siempre consecuencia de transformaciones en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales. En muchas ocasiones incluso están influidos por factores internacionales. Por lo general se hacen dichos cambios para evitar la repetición de problemas y conflictos. El México de finales de los años treinta no fue la excepción. Para comenzar, había desaparecido el *Jefe Máximo* e iniciado la etapa del presidencialismo, con un Poder Ejecutivo que controlaba tanto al aparato político como al Ejército, y que contaba con el respaldo decidido de los sectores populares.

Por entonces tuvo lugar un cambio fundamental, cuando en 1938 el PNR, partido de políticos profesionales, se transformó en un partido que agrupaba y representaba a obreros, campesinos, militares y burócratas: el Partido de la Revolución Mexicana (PRM).[35] Otro cambio de gran relevancia fue la creación, en 1939, del primer partido opositor no electorero ni personalista, lo que explica su permanencia hasta nuestros días: el Partido Acción Nacional

35 Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo,* México, ERA, 1974. Consúltense, además, los libros de Garrido y de González Compean y Lomelí citados en la nota 26.

(PAN).[36] Fundado por el exrector Manuel Gómez Morín, con el apoyo de profesionistas y otros miembros de las clases medias, la suya era una oposición legal y pacífica a muchos de los planteamientos de los gobiernos posrevolucionarios, en especial del de Cárdenas.

Las elecciones de 1940 fueron también históricas porque han sido las únicas, junto con las de 2018, en las que competían fuerzas políticas diferenciadas por su propuesta del modelo de desarrollo socioeconómico para el país, aunque en el caso de 1940 tal confrontación se diera al interior del equipo gobernante y entre los diferentes grupos de veteranos de la Revolución. En síntesis, el dilema era mantener, y hasta radicalizar, el modelo cardenista, u optar por una alternativa moderada dentro del propio régimen posrevolucionario. Las propuestas eran sostenidas por dos políticos muy cercanos a Cárdenas: su mentor y paisano Francisco J. Múgica, y su ex jefe de Estado Mayor y luego secretario de Guerra, Manuel Ávila Camacho. En verdad no había necesidad de discernir entre ambas posibilidades. Luego de la expropiación petrolera, de ciertas

36 Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999. Sobre la trayectoria de Manuel Gómez Morín antes de fundar el PAN, véase Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

expresiones de independencia al interior del Ejército[37] y del activismo de los muchos grupos de la sociedad civil afectados por las políticas de Cárdenas, las posibilidades de Múgica se fueron diluyendo. Para colmo, estalló la Segunda Guerra Mundial, y Estados Unidos hizo expresiones claras en favor de tener al sur un aliado, un vecino confiable.

El año de 1939 fue el de las definiciones sucesorias: desde finales de febrero los cuatro sectores del PRM expresaron su apoyo a Ávila Camacho. Sin duda fue una decisión acertada, pues Múgica tenía numerosos elementos negativos: no era militar ni tenía el apoyo de la clase política, por sectario e intransigente; era rechazado por el empresariado tras haber promovido en 1936 la Ley de Expropiación; era repudiado por la Iglesia católica por considerarlo el responsable de los artículos más jacobinos de la Constitución; sufría el recelo de Estados Unidos por su involucramiento en la expropiación petrolera; para colmo, no contaba con las simpatías de los trabajadores afiliados a la prosoviética Confederación de Trabajadores de México, por sus simpatías trotskistas. Casi podría decirse que era un gran cardenista, pero no un miembro del cardenismo. Al momento de publicarse la convocatoria de su partido,

37 Me refiero a la rebelión de Saturnino Cedillo y al anuncio de Almazán de que sería candidato, con o sin el apoyo del PRM.

Múgica renunció a sus aspiraciones, reconociendo que no era popular; en efecto, era un mal candidato. Ávila Camacho tenía un perfil radicalmente distinto: ideológicamente moderado, en términos políticos era un conciliador.

A diferencia de lo sucedido en 1934, en 1940 hubo una auténtica contienda electoral, con una oposición unificada y beligerante, además de experimentada. Pero no fue una competencia entre dos personalidades distintas; fue una lucha entre dos modelos de país. Esto explica las numerosas rispideces y confrontaciones habidas durante el día de la elección, sobre todo en la capital del país. No obstante, los resultados, seguramente maquillados, otorgaron a Juan Andrew Almazán, muy controvertido por sus antecedentes huertistas y por sus intereses económicos, sólo 6% de los votos emitidos.[38] La "memoria colectiva" que se tiene de las elecciones de 1940 dista mucho de la realidad histórica. Si bien son pocos los que sostienen

38 Albert L. Michaels, "Las elecciones de 1940", en *Historia Mexicana*, núm. 81, El Colegio de México, julio-septiembre de 1971; Ariel José Contreras, "Estado y sociedad civil en el proceso electoral de 1940", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*; Silvia González Marín, "Candidatos y campañas: la elección presidencial de 1940", en Georgette José (coord.), *op. cit.* De esta autora véase también *Prensa y poder político. La elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana*, México, Siglo XXI Editores, UNAM-IIB, 2006.

que hubo un fraude "como el de 1929", se habla todavía de la violencia disuasoria gubernamental y de la trascendencia que tuvo para el futuro del país que el candidato del PRM fuera el moderado Ávila Camacho. Es importante destacar otro elemento, otra lección: el desafiante Partido Revolucionario de Unificación Nacional desapareció al término de la jornada electoral, mientras que el Partido Acción Nacional, que resolvió no participar en aquella contienda, sigue vivo hasta hoy. Dado que el partido que apoyó a Almazán se limitó al triunfo de éste, su derrota lo dejó sin objetivos ni motivaciones.

Las elecciones de 1946 fueron anodinas en comparación con las de 1940, pero tuvieron una enorme importancia para la historia electoral del país. Desde ya acéptese que la importancia de los procesos históricos radica en sus consecuencias y no en su grado de conflictividad. Primero debe considerarse el contexto nacional e internacional en que se dieron. Por razones biológicas e ideológicas la sociedad mexicana cada día se alejaba más de la Revolución. El país ya era más urbano e industrial, con más clases medias. Sobre todo, ninguno de los aspirantes a la Presidencia proponía un modelo de país distinto al sostenido durante el sexenio de Ávila Camacho. De hecho, la Guerra Fría nos había colocado en la parte occidental

del mundo y cualquier proyecto radical había quedado vedado para nuestro futuro cercano.

El sistema de partidos y el régimen electoral se adaptaron a la nueva situación. Para comenzar, a principios de 1946, medio año antes de las elecciones, el PRM se transformó en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Éste conservaba los sectores obrero y campesino, pero desaparecía el de los militares, como prueba del creciente civilismo del aparato político y gubernamental, y el de los burócratas se convirtió en el sector "popular", como consecuencia de la creación, en 1943, de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, que agrupaba a numerosas asociaciones de las clases medias: empleados, profesionistas y pequeños y medianos empresarios. Lo cierto es que no fue sólo un sector más: pronto tendría más poder que los sectores obrero y campesino si se compara el número de gobernadores, diputados y senadores procedentes del mismo.

Significativamente, también a principios de 1946 se promulgó una nueva ley electoral con el objetivo de centralizar y profesionalizar la organización de las elecciones, así como para evitar que esta labor recayera en las autoridades locales y estatales, faltas de capacidad, quienes

muchas veces reclamaban autonomía para cumplir su labor, lo que daba como resultado comicios con altos grados de desorden. También disponía la nueva ley que se creara una Comisión Federal de Vigilancia Electoral, que atendería las quejas y reclamos de los participantes. Una última mejora era el compromiso de contar con un padrón electoral confiable. Más aún, los empadronados –sólo varones mayores de 21 años– contarían por primera vez con una credencial electoral infalsificable, aunque notoriamente inútil pues carecía de fotografía y se basaba en la huella digital, acaso por la enorme tasa de analfabetismo, para identificar al portador. Además, se ponían condiciones a los partidos políticos que pretendieran participar: estar registrados ante la Secretaría de Gobernación, tener presencia nacional y contar con un número mínimo de afiliados.[39] Aunque hoy pueden verse como avances pírricos, en su contexto implicaron un gran avance en el proceso de institucionalización de nuestras contiendas electorales.

Sin duda, la de 1946 puede considerarse como una elección ordenada y tranquila. Los principales contendientes fueron Miguel Alemán, por el PRI, y Ezequiel Padilla, por

39 Consúltese el muy útil libro de Antonio García Orozco, *La legislación electoral mexicana, 1812-1977*, México, Gaceta Informativa de la Comisión Federal Electoral, 1978.

el Partido Democrático Mexicano. Ambos habían sido miembros del gabinete de Ávila Camacho y eran políticos civiles de amplia trayectoria. En tanto que Ezequiel Padilla optó por aceptar dicha postulación al no ser apoyado por el PRI, la suya puede ser vista como una candidatura independiente y opositora, aunque ideológicamente no difería mucho de Alemán; sin embargo, debe insistirse en que su decisión no implicó una seria escisión en el PRI.[40] El amplio triunfo de Alemán –4 a 1– se debió a que contaba con un partido experimentado, bien organizado y con presencia nacional, a que disponía del apoyo de la estructura gubernamental y a que fue mejor candidato.[41]

En términos de régimen de partidos, como respuesta a la desaparición del PRM cardenista se creó el Partido Popular (PP) en 1948, durante el sexenio de Alemán. Fundado y dirigido por Vicente Lombardo Toledano, tendría una duración apreciable,[42] de más de cuatro décadas. Si se considera que el PAN se había ido consolidando aun sin haber competido en las elecciones presidenciales de 1940 y 1946, se tendrá que aceptar que con la creación

40 En rigor, Ezequiel Padilla renunció al PRM a mediados 1945, alegando que había "concluido" ya su "ciclo histórico como parte del grupo gobernante".

41 Alejandro González Franco, "La sucesión presidencial de 1946", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

42 Daniela Spencer, *En combate. La vida de Lombardo Toledano*, México, Debate, 2018.

del Partido Popular se completó el campo ideológico de nuestro régimen de partidos, y la siempre imprecisa y simplona geometría política nos diría que ya contábamos con partidos de "derecha", "izquierda" y "centro".

Si bien algunos políticos y analistas pensaron que nos dirigíamos a una rotunda modernidad política, en las elecciones de 1952 hubo un belicoso candidato independiente que resultó más fuerte que los candidatos de los partidos de oposición legales: el general Miguel Henríquez Guzmán. Hubo dos problemas previos que seguramente sirvieron de acicate a Henríquez Guzmán: la desaparición del sector militar en el PRI y los escarceos reeleccionistas o prorroguistas en favor de Alemán, rápidamente rechazados por el grueso de la clase política.[43] Como alternativa, los alemanistas pensaron en lanzar de candidato a Fernando Casas Alemán, quien garantizaría la continuidad del grupo en el poder. Sin embargo, principios de cultura política bien asentados, antirreeleccionistas y antinepotistas, impidieron ambas posibilidades.

El PRI tuvo como candidato a Adolfo Ruiz Cortines. Dado que Henríquez Guzmán deseaba ser postulado por éste, no tuvo otra opción que hacerse candidato independiente,

43 Soledad Loaeza, "¿Reelegirme yo?", en *Nexos*, abril de 2021.

con el apoyo de la Federación de Partidos del Pueblo, que contó con apoyos disímbolos, como el cardenista Francisco J. Múgica o el viejo zapatista Genovevo de la O. A su vez, el recién creado Partido Popular lanzó como candidato a su dirigente y fundador, Vicente Lombardo Toledano. Por último, el PAN abandonó su actitud abstencionista y por primera vez tuvo un candidato, el católico tapatío Efraín González Luna,[44] quien a lo largo de su campaña –más bien tibia– alegó ser el único candidato diferente, pues los otros tres –Ruiz Cortines, Lombardo y Henríquez Guzmán– eran miembros destacados de la clase política revolucionaria. Esto explica que haya habido varios intentos de establecer algún tipo de alianza entre Lombardo y el PP con Henríquez Guzmán y su Federación de Partidos del Pueblo.[45] Aunque la unificación no fructificó, de lo cual se culpó a Lombardo, acaso sirvió de antecedente histórico a lo que más de 30 años después harían algunos

---

44 Jorge Alonso, *Tras la emergencia de la ciudadanía. Un acercamiento a la personalidad política de Efraín González Luna*, 2 vols., Guadalajara, ITESO, 1998. También puede encontrarse un inmejorable acercamiento a la labor política e intelectual de González Luna en su correspondencia con Manuel Gómez Morin, editada en cinco volúmenes por Ana María González Luna y Alejandra Gómez Morin Fuentes con el título de *Una amistad sin sombras*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

45 Henríquez Guzmán era un general identificado con Cárdenas. Fue el responsable de combatir la rebelión de Saturnino Cedillo a finales de 1938 y principios de 1939, que terminó con la muerte del alzado.

sectores de la "izquierda" con grupos desafectos del PRI, al crear el Partido de la Revolución Democrática (PRD).[46]

Como es bien sabido, el proceso padeció varios episodios violentos y constantes obstrucciones por parte de las autoridades, sobre todo durante el día de las elecciones. El peor suceso tuvo lugar al día siguiente, cuando la Federación de Partidos del Pueblo convocó a celebrar su supuesta victoria en la Alameda de la Ciudad de México y los asistentes fueron duramente reprimidos.[47] Los resultados oficiales otorgaron a Ruiz Cortines 70% de los votos emitidos, a Henríquez Guzmán casi 16%, a González Luna 8% y a Lombardo 2%. A pesar de haber obtenido el doble de votos que el tercer lugar, la Federación de Partidos del Pueblo desapareció, no así el PAN ni el PP; la explicación es muy simple: las aspiraciones de Henríquez Guzmán eran personalistas y de corto plazo.[48]

---

46 No es casualidad que durante los años iniciales del PRD surgiera el interés historiográfico por el henriquismo, y que éste quedara en la "memoria colectiva" como parte de nuestra genealogía democrática.

47 Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Editorial Cal y Arena, 2001.

48 Considérese que la Federación de Partidos del Pueblo no puso atención a las elecciones para diputados, por lo que sólo obtuvo uno, mientras que el PAN ganó cinco, con la mitad de votos en el renglón presidencial.

Elecciones hegemónicas, sin opciones

Sin menospreciar las críticas a la violencia disuasoria y represiva de las elecciones de 1952, lo cierto es que nuestro sistema electoral seguía su lenta y sinuosa mejoría. Si las tres elecciones de los años veinte habían sido definidas por grandes estallidos de violencia, las elecciones de los años cuarenta y principios de los cincuenta se caracterizaron por haber tenido dos candidatos independientes y muy protagónicos, ambos procedentes del partido gubernamental y del sector militar. La situación no era ni remotamente parecida: lo que se requería ahora era que el PRI mejorara sus procedimientos de designación de candidatos y fortaleciera su disciplina interna. Del mismo modo, si durante las elecciones de los años veinte no se contó con partidos políticos auténticos, durante la década de los cuarenta se conformó un sistema de partidos con tres propuestas y tres bases sociales claramente distintas. El avance no puede ser minimizado, a pesar de que

en los años cincuenta todavía se tuviera un régimen de partidos y un sistema electoral insatisfactorios.

Las siguientes elecciones, de 1958, 1964, 1970, 1976 y 1982, se caracterizaron por carecer de competidores viables y por ser notoriamente inequitativas. Aun así, continuaron las mejoras. Sin duda la más importante tuvo lugar en 1953, cuando se otorgó el voto a las mujeres, compromiso que se remontaba a cuando se debatió la Constitución de 1917. Primero votaron en las elecciones legislativas de 1955, y luego en las presidenciales de 1958.[49] Otro cambio importante fue la creación del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM). Como respuesta al desafío que había significado la candidatura de Henríquez Guzmán, el gobierno de Ruiz Cortines promovió la creación de un partido que diera cauce, pero de manera controlada, a las aspiraciones políticas de los militares.[50] En efecto, al margen de su carácter social popular, de sus esfuerzos democratizantes y de sus banderas progresistas, no puede negarse que la candidatura del general Henríquez Guzmán buscaba

49 Un magnífico texto para el tema del voto femenino es el de Gabriela Cano, *Democracia y género. Historia del debate público en torno al sufragio femenino en México,* México, INE (Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, núm. 40), 2020.

50 Entre sus primeros directivos sobresalían los generales Juan Barragán y Jacinto Treviño, ambos carrancistas y de edad avanzada.

la recuperación de mayores cuotas de poder para el sector castrense.

Los procesos electorales deben enmarcarse en el contexto en el que se dieron. Si bien algunos estudiosos y numerosos políticos sostienen que los amplios e incontrovertibles triunfos del PRI se debieron a su naturaleza simbiótica, mitad partido y mitad aparato gubernamental, y al carácter autoritario del sistema político de entonces, lo cierto es que hubo otra razón: el PRI inalterablemente ganaba porque durante esos años la situación económica del país era suficientemente buena, porque la política social evitó que hubiera rasgaduras hondas en la estructura social y porque las elecciones eran organizadas y calificadas por instancias vinculadas al gobierno, conformado por elementos que procedían de ese partido y cuya continuidad y legitimación se asentaba en esos triunfos. También fue decisivo que la "clase política" del partido gubernamental fuera mucho más experimentada y profesional que la "clase política" opositora, pero sobre todo, que en una situación de ausencia de motivos de queja graves, la crítica y la oposición no podían crecer mucho. Las preferencias electorales tienen siempre sus causas y razones. Fue hasta que comenzaron a padecerse las crisis económicas recurrentes y cuando el sistema político se hizo rígido, sin la

flexibilidad necesaria para responder a las quejas y reclamos, que empezaron a darse las elecciones competidas. No antes, pero tampoco después. Recuérdese que los procesos históricos son siempre puntuales.

En las elecciones de la segunda mitad del siglo XX contendieron –léase más bien participaron– los mismos partidos: el PRI, el PAN, el PP y el PARM. Más aún, los dos últimos solían carecer de candidatos presidenciales, por lo que en ese renglón se adherían al PRI. Otra característica de las elecciones de los últimos cuatro decenios del siglo XX fue que, para evitar el surgimiento de nuevas disidencias y candidaturas independientes en el PRI, el aparato partidista-gubernamental se centralizó, teniendo como eje dos protagonistas: el presidente saliente y el anónimo "tapado". Al margen de todo folklorismo político, para que existiera el "tapado" se requería de un presidencialismo exacerbado, que tuviera bajo su control al gabinete, los gobernadores, los diputados y senadores, el Ejército, los líderes de los sectores populares, la prensa y, obviamente, al propio partido. Mientras el principal interés fuera adivinar quién era el "tapado" y cuándo sería "el destape", nuestra cultura política no se enriquecería. Era un sistema de partido hegemónico, ya no de partido único, y además notoriamente presidencialista.

En 1958 los contendientes fueron Adolfo López Mateos y el entonces joven y poco conocido Luis H. Álvarez. Votaron casi 80% de los empadronados y López Mateos ganó con poco más de 90% de los votos emitidos. La jornada electoral se desarrolló con buen orden, aunque con numerosas irregularidades pequeñas.[51] Lo mismo pasaría en las elecciones de 1964, que al seguir el mismo guion dieron prueba de la continuidad y la consolidación del sistema electoral mexicano, acorde con la buena marcha de la economía y con la apreciable estabilidad social.

Si bien las elecciones de 1958 tuvieron lugar en un contexto de problemas sociopolíticos en ciertos sectores sociales –ferrocarrileros y magisterio–, dichos conflictos no representaron grandes consecuencias electorales negativas para el partido gobernante, pues los partidos de oposición –piénsese en el PPS– no tuvieron la capacidad ni la habilidad para atraer a esos grupos sociales. Con todo, no fue casual que el candidato del PRI fuera el secretario del Trabajo en el gabinete anterior.[52] Los problemas no pueden

51 Aurora Loyo, "La movilización sindical, factor decisivo en la elección de López Mateos", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*; Pablo Serrano Álvarez, "Las elecciones de 1958: el encumbramiento presidencial de Adolfo López Mateos", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

52 Además de su artículo citado en la nota anterior, véase Aurora Loyo, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, México, Ediciones ERA, 1979. Sobre los antecedentes

minimizarse: era un sistema con muy baja competencia, con el terrible lastre de la total imbricación entre el gobierno y el PRI, ya no –repito– partido único, pero sí claramente hegemónico. En efecto, la Secretaría de Gobernación, a través de la Comisión Federal Electoral, era más que un árbitro parcial: parecía una oficina administradora de las elecciones al mismo tiempo que compañera de equipo del PRI. Acaso la mayor inequidad radicaba en que la falta de financiamiento oficial a los partidos beneficiaba directamente al PRI, que hacía uso indiscriminado de los recursos humanos y materiales de los tres niveles de gobierno.

Insisto, el guion fue el mismo: en 1964 contendieron el PRI, con Gustavo Díaz Ordaz; el PAN, con José González Torres, quien había sido presidente de su partido pocos años antes y quien de joven había dirigido la Asociación Católica de la Juventud Mexicana; así como el PPS[53] y el PARM, que otra vez se adhirieron a la candidatura presidencial del partido hegemónico.[54] La similitud o repetición del guion

---

del candidato, véase Marta Baranda y Lía García Verástegui, *Adolfo López Mateos, estadista mexicano*, México, Gobierno del Estado de México, 1987.

53 El PP había agregado la letra S, de socialista, después de la Revolución cubana.

54 Mario Ramírez Rancaño, "La candidatura de Gustavo Díaz Ordaz", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*; Ricardo Pozas Horcasitas, "La elección presidencial de Gustavo Díaz Ordaz", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

implicaba la de los ritos: "tapado", facultad decisoria del presidente saliente; "destape", que requería de la total disciplina de los no favorecidos; "cargada", competencia entre los sectores oficiales para ver cuál hacía la adhesión más rápida y estentórea. Sin embargo, las continuidades ni son eternas ni son totales; son, como todo, temporales: esto es, históricas. Es indudable que por entonces comenzaron a germinar cambios notables. Obviamente estos cambios estaban correlacionados con la transformación de la estructura socioeconómica del país, cada día más urbano e industrializado, lo que implicaba el crecimiento de las clases medias, el proletariado y el llamado "sector de los servicios", todos con una cultura política más exigente y volátil pragmática.

Sin duda el cambio más significativo fue la creación de los "diputados de partido", que tenía como objetivo facilitar la presencia de los partidos de oposición en el Congreso. La reforma constitucional –artículos 54 y 63– fue propuesta a finales de 1962 y promulgada en junio de 1963. Se partía del reconocimiento de que era muy difícil que los candidatos a diputados de otros partidos triunfaran en sus respectivos distritos, por lo que a partir del 2.5 del porcentaje de los votos totales que obtuviera cada uno de los partidos no ganadores se le otorgaría cinco diputados,

más otro diputado por cada medio punto porcentual extra de los votos totales que alcanzara, sin poder rebasar los 20 diputados. Su creación permite dos interpretaciones: ser una concesión del gobierno a las dirigencias partidistas para que siguieran siendo parte del sistema electoral a pesar de sus nulas posibilidades de triunfos significativos, o ser un intento de acabar con la monofonía para que los diputados del PAN o del PPS pudieran dar voz a los reclamos y propuestas de sus bases sociales. Obviamente, la medida estaba puntualmente calculada para que el PRI no perdiera la capacidad de decisión legislativa. Como fuera, visto aisladamente, el cambio puede parecer menor; visto como parte de un proceso acumulativo, no debería ser menospreciado: había seis diputados de oposición en 1961, pero con las elecciones de 1964, primeras en las que hubo "diputados de partido", llegaron a ser 35.[55] Además de servir de experiencia para los políticos de oposición, sus partidos fueron ganando visibilidad y reconocimiento. En cuanto a los resultados de la elección presidencial de 1964, el candidato del PRI obtuvo casi 89% de los votos y el del PAN cerca de 11%, con una abstención de poco más de 30%. La jornada electoral transcurrió sin incidentes mayores, por segunda ocasión consecutiva.

55 Para la reforma que creó los "diputados de partido", véase la obra de Antonio García Orozco citada en la nota 39.

Las elecciones de 1970 fueron paradójicas, y en cierto sentido enigmáticas, pues las conductas partidistas y los resultados electorales mantuvieron la línea de continuidad a pesar de que dos años antes, en 1968, en la Ciudad de México había tenido lugar un movimiento estudiantil que para muchos analistas y políticos era un parteaguas en la historia del país. Las preguntas se imponen solas: ¿Por qué el movimiento estudiantil no tuvo impacto alguno en el devenir electoral del país? ¿Por qué la democratización de México tuvo lugar entre 20 y 30 años después, dependiendo de si se le asocia con las elecciones presidenciales de 1988 o con las elecciones legislativas de 1997, cuando por primera vez, desde la Revolución, el partido gobernante perdió la mayoría en el Congreso nacional? Intento pergeñar una repuesta: porque el 68 tuvo limitaciones geográficas –el entonces Distrito Federal– y generacionales; además su impacto fue más bien cultural, de mediano plazo: un proceso de concientización paulatino y acumulativo entre las clases medias profesionistas.

En efecto, las elecciones presidenciales de 1970 se desarrollaron sin mayores contratiempos, a pesar de que muchos analistas e intelectuales críticos alegaron que con la represión al movimiento estudiantil el gobierno había perdido su legitimidad y el sistema político mexicano había demostrado su agotamiento, al aflorar su carácter autoritario.

Para colmo, también se había reprimido un movimiento estudiantil en Morelia un par de años antes y al inicio del sexenio se procedió con igual violencia contra los médicos de los hospitales públicos que reclamaron mejoras laborales y salariales.[56] Lo significativo de estos hechos es que fueron reprimidos sectores de las clases medias, situación inédita en la historia nacional, a excepción de las elecciones de 1910 y de la persecución religiosa urbana durante la Guerra Cristera. En otras palabras, las clases medias, principal sustento del régimen durante los dos decenios anteriores, empezaron a mostrar su insatisfacción con la marcha del país. Sin duda su desencanto se fue acumulando y creciendo al paso de los siguientes años. No habría un rompimiento único y fatal. Sería un proceso, como todos, comenzado con causas y fechas diversas. También tuvo variantes geográficas y sectoriales, como siempre sucede en la historia. Asimismo, los protagonistas serían varios y disímbolos. La democratización del país no tendría una paternidad única ni una fecha precisa de "alumbramiento".

Paradójicamente, si el impacto del movimiento estudiantil en el resultado electoral no fue mayúsculo inmediatamente,

56 Ricardo Pozas Horcasitas, *La democracia en blanco. El movimiento médico en 1965,* México, Siglo XXI Editores, 1993.

sí influyó en la designación del candidato del PRI. Postular a un militar –Alfonso Corona del Rosal, regente del Distrito Federal– hubiera sido una pésima señal y una regresión histórica del civilismo al militarismo, cambio zanjado 20 años atrás.[57] Tampoco se postuló a quien había dado indicios de que daría muchas concesiones a los críticos; o sea, a Emilio Martínez Manatou. Díaz Ordaz optó por quien tenía mayor conocimiento de la política y del sistema electoral, Luis Echeverría, con amplia experiencia en la Secretaría de Gobernación. Congruente con estas decisiones, debe recordarse que por esos años se hizo abortar un intento de reforma democratizadora al interior del PRI, encabezada por su propio líder, Carlos Madrazo, quien nunca gozó del aval presidencial.[58]

Esto es, sin duda el proceso de 1970 fue definido por el autoritarismo del presidente saliente. A su vez, el candidato Echeverría se caracterizó por su fuerza física, sus numerosos y prolongados discursos y por sus incontables

57 Ésta fue una de las dos razones por las que el PRI se negó en 1952 a postular como candidato al general Henríquez Guzmán; la otra fue su cercanía con Cárdenas.

58 Rogelio Hernández, *La formación de un político mexicano: el caso de Carlos A. Madrazo*, México, El Colegio de México, 1991; Ricardo Pozas Horcasitas, "La democracia fallida: la batalla de Carlos A. Madrazo por cambiar al PRI", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM-IIS, enero-marzo de 2008.

promesas a todos los sectores,[59] muy en especial a las generaciones más jóvenes, prueba obvia de que estaban a la búsqueda de una reconciliación.[60] Respaldado el candidato del PRI por el PPS y el PARM, sólo el PAN postuló un candidato opositor: Efraín González Morfín –exjesuita, destacado académico e hijo del que fuera candidato en 1952–, quien buscó atraer a las y los jóvenes, sector demográfico previsiblemente molesto con el régimen.[61] Los resultados, 85% para Echeverría y 14% para González Morfín, demostraban tres cosas: que el PRI había sobrevivido a la crisis del 68,[62] que el PAN se consolidaba como la única alternativa y que no había una oposición viable de auténtica "izquierda".

---

59 El decano de los analistas políticos del país sentenció que Echeverría tenía un "estilo personal" y una "necesidad fisiológica" de dar discursos y declaraciones. *Cfr.*, Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974. Véase también María Marván Laborde, "La ideología de la transición y la elección de Luis Echeverría", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*

60 Conscientes de que en 1968 se habían politizado muchos y muchas jóvenes, y de que lo recomendable era que se canalizaran sus intereses por los medios "legales", con Echeverría se hizo una reforma para reducir de 21 a 18 años la edad mínima para votar; también se reduciría la edad para poder ser votado.

61 Laura Alarcón, *1970: Efraín González Morfín en campaña*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2008.

62 De hecho, ganó todos los distritos electorales del país. Véase Rosa María Mirón Lince, "1970: un estilo personal de sucesión presidencial", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

Las elecciones de 1976 fueron importantes no por algún resultado sorpresivo ni porque se hayan dado confrontaciones graves; lo fueron por sus consecuencias, pues dieron paso a una etapa radicalmente distinta de la historia electoral de México, caracterizada por profundos cambios económicos, sociales, culturales y políticos que necesariamente modificaron la naturaleza del régimen de partidos y del sistema electoral del país. Además de la incertidumbre imperante, el gobierno volvió a incurrir en prácticas claramente autoritarias al impedir la libertad de prensa con su ataque al periódico *Excélsior*, para muchos el más importante en ese momento.[63] En todo caso, el candidato del PRI logró revertir la negativa apreciación que se tenía de la gestión de Luis Echeverría, especialmente de sus últimos años. En efecto, López Portillo logró presentarse durante su campaña como un candidato esperanzador y confiable; también logró que el creciente rechazo a Echeverría fuera una desaprobación más personal que partidista.

Sin embargo, todo análisis del triunfo de José López Portillo en las elecciones de 1976 tiene que considerar que éste terminó siendo candidato único, sin contendientes

63 No se puede dejar de recomendar la lectura de la espléndida crónica de Vicente Leñero, *Los periodistas*, México, Joaquín Mortiz, 1978.

legales, pues los partidos "de izquierda" carecían de registro y el PAN decidió formalmente no participar por las graves irregularidades que caracterizaban al sistema electoral mexicano, aunque también fue decisiva la división interna entre doctrinarios, fieles a Efraín González Morfín, y los "pragmáticos", encabezados por José Ángel Conchello,[64] ya que ninguno de los propuestos para ser candidatos a la Presidencia de la República logró obtener el apoyo que exigían sus estatutos. López Portillo fue hecho candidato del PRI desde octubre de 1975, pero también lo fue del PPS y del PARM, los únicos otros dos partidos con registro.[65] En rigor, algunos panistas sostuvieron que debían votar por Pablo Emilio Madero aunque fuera como candidato independiente, y los partidos de "izquierda", encabezados por el Partido Comunista, apoyaron a Valentín Campa como candidato testimonial.

La elección de 1976 fue la prueba definitiva de que el sistema electoral requería de una reestructuración profunda,

64 Conchello había presidido el partido entre 1972 y 1975; después González Morfín lo hizo sólo por nueve meses, pues renunció, lo que fue otra expresión de dicha crisis.

65 Arturo Alvarado, "La sucesión presidencial en 1976: José López Portillo", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*; Germán Pérez Fernández del Castillo, "La elección presidencial de 1976: José López Portillo, candidato sin oposición", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

pero ya no como producto de una concesión gubernamental. A diferencia de lo sucedido entre los años cuarenta y sesenta, ahora la situación económica era crítica, por lo que pronto la sociedad empezaría a exigir cambios. El paternalismo político ya no tenía cabida. El primero en detectar y calibrar la falta de legitimidad de su triunfo fue el propio López Portillo. Tan pronto asumió la Presidencia inició una reforma política de gran calado, para que el país tuviera instituciones de representación adecuadas en cuanto a lo social y lo ideológico.

Los cambios imprescindibles, impostergables e irreversibles

Sin poder fijar una fecha exacta, pues los historiadores no somos agentes del registro civil, por esos años empezó, de manera no uniforme ni lineal, una nueva etapa de nuestro sistema electoral, definible con tres ideales: representatividad, equidad y competencia. En una palabra, el país entró a la modernidad electoral. Desgraciadamente, la cercanía temporal del proceso no resulta propicia al historiador. La mayoría de sus protagonistas y actores están aún vivos, lo que permite asegurar que todavía estamos en la etapa de los testimonios antes que en la de las conclusiones y análisis definitivos. Es un escenario para cronistas y politólogos. Aun así, paso revista a los principales hechos y procesos. Comprensiblemente, cada corriente partidista fecha el cambio atendiendo a su ideología: para el PAN

el cambio se dio con la alternancia del año 2000;[66] el PRD lo fija en 1988, cuando la "izquierda" comenzó a tener presencia electoral, o en 1997, tres años antes de la fecha proclamada por el PAN, cuando obtuvo el gobierno de la capital del país y el PRI dejó de tener mayoría en el Congreso; para este último partido el inicio de la transición a la democracia debe situarse en 1977, específicamente con la reforma político-electoral del presidente López Portillo y de su secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heroles. Para el nuevo partido Morena, obviamente, el parteaguas fue en 2018, con los alegados fraudes de 2006 y 2012 como único antecedente.

La historia comienza con la memoria, aunque distan de ser sinónimos: una se basa en la investigación, que tal es su etimología griega; la otra nace en los recuerdos. Pero la memoria es selectiva. Hoy que somos tan proclives a las efemérides y las conmemoraciones, ha sido olvidado el centenario del nacimiento del hombre al que se le atribuye dicha reforma política. A pesar de su valor, no se debe caer en explicaciones personalistas de la historia. En materia electoral, México había pasado por dos

66 No hay un hecho histórico sin antecedentes ni precursores. En este caso, la primera gubernatura obtenida por el PAN –Ernesto Ruffo– fue en 1989, en Baja California Norte.

etapas: primero la de la violencia, cuando se hizo una revolución para imponer el antirreeleccionismo y luego se organizaron rebeliones para acceder al poder; después, la pacífica, cuando se crearon y consolidaron, a partir de 1929, instituciones, normas y tradiciones que disponían la forma en que debían circular las élites gobernantes. A la primera el propio Reyes Heroles la definió como "el México bronco", y dedicó toda su vida a impedir que reviviera.[67]

En efecto, Jesús Reyes Heroles había sido fundamental en la reforma de 1963 que permitió la existencia de los "diputados de partido" y, posteriormente, fue de los poquísimos funcionarios que buscó un arreglo entre el gobierno y la comunidad estudiantil en 1968; por último, siendo dirigente del PRI había propuesto una reforma, a principios de 1973, que buscaba garantizar a todos los partidos acceso a los medios de comunicación durante los tiempos de campaña, para conseguir una mayor participación de la ciudadanía, pero que también forzaba la profesionalización de los partidos. Sin embargo, el gran legado de Reyes Heroles a la historia política del país fue la reforma política de mediados de 1977, que culminó en la Ley

67 Soledad Loaeza, "La tradición del reformismo político en México y Jesús Reyes Heroles", en VV. AA., *Homenaje a Jesús Reyes Heroles*, México, El Colegio de México, 2011.

Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales, mejor conocida como la LOPPE.[68] Primera novedad: aunque iniciada y dirigida por el Poder Ejecutivo, como todas las reformas anteriores, en ésta se promovió el debate con todas las fuerzas políticas relevantes, así como con analistas e intelectuales. Sus aportaciones fueron decisivas: considerar a los partidos como "instituciones de interés público", lo que les permitía recibir financiamiento público; facilitar el registro de partidos supuestamente minoritarios con claras definiciones ideológicas y programáticas, y garantizarles el acceso a los medios de comunicación. Esto explica que para muchos fuera el inicio de la modernización electoral de México, ubicable a finales del siglo XX. Así se pasaría de un sistema de partido hegemónico a uno de partido dominante.

Con todo, su impacto se dejó sentir poco más de 10 años después, y no en las elecciones inmediatas, las de 1982, que se dieron en el marco de una severísima crisis económica y de un gravísimo proceso de pérdida de legitimidad de López Portillo. El candidato del PRI a sucederlo fue Miguel de la Madrid, cuya mesurada personalidad contrastaba diametralmente con la del jactancioso presidente saliente. Como resultado de la LOPPE, producto de la reforma

68 Iniciales sospechosamente coincidentes con el apellido del presidente.

política de 1977, en la elección de 1982 participaron nueve partidos. Para comenzar, el PAN regresó a la contienda con Pablo Emilio Madero como candidato; el PPS y el PARM volvieron a asumir como propio al candidato del PRI, mostrando que eran rémoras de tiempos idos: surgidos en otras coyunturas, habían perdido la representatividad social que pudieran haber tenido, por lo que la modernización del sistema electoral exigía su transformación, o su desaparición. Entre las nuevas instituciones aparecieron el Partido Socialista Unificado de México, conformado básicamente por el viejo Partido Comunista, y el Partido Demócrata Mexicano, de los antiguos sinarquistas.[69] Signo de los nuevos tiempos, en 1982 participó la primera candidata a la Presidencia de la República: Rosario Ibarra de Piedra. Previsiblemente, sólo el PAN tuvo una votación apreciable, y el resto compitió buscando no el triunfo sino la conservación del registro, que exigía más del 1.5% de la votación total. La atomización y la inexperiencia de los partidos de "izquierda" facilitaron y legitimaron el triunfo

69 Los otros participantes, todos de reciente registro, fueron el Partido Socialista de los Trabajadores, el Partido Revolucionario de los Trabajadores y el Partido Social Demócrata. Véase Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos en México*, México, Siglo XXI Editores, 1989. Véanse también Manuel Márquez y Octavio Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista Mexicano: en el periodo de la Internacional Comunista, 1919-1943*, México, Ediciones el Caballito, 1973; Jorge Alonso (coord.), *El PDM*, Universidad de Guadalajara, 1989.

del PRI. Ya tenían registro, pero les faltaba fuerza, experiencia y ascendencia.

La de 1982 fue la última elección anodina, sin competencia verdadera.[70] Las siguientes serían de tal naturaleza, que nuestro sistema electoral se caracterizaría por la competencia, las alternancias y los conflictos. Lejos quedarían los tiempos, distantes apenas por poco más de 10 o 20 años, cuando desde el gobierno tenía que fomentarse la oposición. El mayor de los politólogos mexicanos había advertido que la transformación del sistema político mexicano se originaría de una gran escisión del PRI,[71] y esto fue lo que sucedió en la víspera de las elecciones de 1988. En rigor, en 1940 con Almazán y en 1952 con Henríquez Guzmán tuvieron lugar deserciones individuales que derivaron en candidaturas independientes, pero sólo hasta 1987 se tuvo una auténtica escisión, cuando una parte sustantiva de las bases, cuadros y líderes del PRI organizaron la llamada "Corriente Democrática", con principios ideológicos propios, un diferente proyecto de país y líderes

70 Santiago Portilla, *Crónica de la campaña electoral de Miguel de la Madrid*, México, Presidencia de la República, Fondo de Cultura Económica, 1988; Arturo Sánchez Gutiérrez, "La elección de Miguel de la Madrid", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*

71 Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano,* México, Joaquín Mortiz, 1972, p. 72.

muy prestigiados y experimentados, como Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo.[72] Lo más importante fue que muy pronto decidieron construir un partido político propio. El origen del conflicto era doble: rechazaban el antes incuestionable "dedazo" presidencial y la transformación del proyecto socioeconómico nacional, que consideraban una traición a los principios de la Revolución mexicana.[73]

Los candidatos a las intensas y polémicas elecciones de 1988 fueron Carlos Salinas de Gortari, que también pertenecía –como De la Madrid– al sector financiero del aparato gubernamental; Manuel Clouthier por el PAN, que representaba al nuevo panismo, fortalecido con empresarios y clases medias afectadas por los terribles resultados económicos de los últimos años. A estos se sumó Cuauhtémoc Cárdenas, cuando la Corriente Democrática se convirtió en un Frente Democrático Nacional que cada día crecía en alianzas, presencia geográfica y simpatías de la gente.[74] El otro protagonista fue Heberto Castillo, expreso político

72 Luis Javier Garrido, *La ruptura: la Corriente Democrática del PRI*, México, Grijalbo, 1993.

73 Véase una muy buena explicación de la reorientación del proyecto gubernamental en Enrique Krauze, "El timón y la tormenta", en *Vuelta*, núm. 71, septiembre de 1982.

74 En rigor, su registro oficial provino del PPS y el PARM, que desaparecieron con ese cambio de naturaleza final.

por el movimiento estudiantil de 1968, postulado por el Partido Mexicano Socialista, que meses antes había logrado coaligar a varios partidos y organizaciones de "izquierda". Lo realmente importante fue que a los pocos meses Heberto Castillo declinó su candidatura en favor de la de Cuauhtémoc Cárdenas. En síntesis, las elecciones de 1988 resultaron notables porque el PRI padeció una grave escisión y porque en la "izquierda" se dio un gran cambio en favor de la competencia electoral, dejando atrás las radicales conductas antisistémicas.[75]

Pronto la alianza entre los disidentes del PRI y la "izquierda" daría lugar a la creación del Partido de la Revolución Democrática,[76] desde un principio competidor auténtico, y poderoso diametralmente distinto al acomodaticio PPS, pero también al radical Partido Comunista, siempre minoritario. Fue tal la fuerza que adquirió la candidatura de Cárdenas que, igual que había sucedido en 1952 con Henríquez Guzmán, superó sobradamente al candidato

75 Seguramente el cambio de actitud de la "izquierda" mexicana estuvo influido por la coetánea desaparición del "socialismo real" en Europa, y por la falta de éxitos en Cuba y Nicaragua.

76 René Torres-Ruiz, *La senda democrática en México. Origen, desarrollo y declive del PRD, 1988-2018*, México, Editorial Gernika, 2019.

del partido de la oposición tradicional, Manuel Clouthier.[77] En efecto, en comparación con el proceso electoral de 1982 el PRI perdió 30% de su votación, que se emitió en favor de Cárdenas. La explicación es sencilla: al alejamiento de las clases medias se sumó el de numerosos sectores populares, inconformes con el nuevo modelo socioeconómico, considerado "neoliberal".

Ante los graves cuestionamientos al proceso electoral de 1988, el propio gobierno tuvo que impulsar en 1990 la promulgación del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (COFIPE), que contemplaba la creación de un Instituto Federal Electoral (IFE) como órgano especializado en la materia. Si bien lo integrarían seis personas con el cargo de consejeros magistrados, quienes debían ser conocedores del tema y carecer de filiación partidista, la cabeza del nuevo órgano seguiría siendo la Secretaría de Gobernación. Otra reforma importante fue acordar que en el Distrito Federal hubiera elecciones para la jefatura de Gobierno, o sea, la jefatura del Ejecutivo local.

77 Santiago Portilla, *Campaña electoral y elecciones federales, 1987-1988*, México, Presidencia de la República, Fondo de Cultura Económica, 1993; Alberto Aziz Nassif, "México 1988: entre la herencia y la transición", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*

Así, los y las habitantes de la capital dejarían de ser mexicanos "de segunda", pues eran los únicos que no elegían a sus autoridades directas. Esta reforma respondía, obviamente, al claro proceso de politización de la ciudad, consecuencia del movimiento estudiantil de 1968, la movilización social después del sismo de 1985 y la creación de la Asamblea de Representantes en 1988,[78] especie de Poder Legislativo local.

Si las elecciones de 1988 se caracterizaron por la sorpresiva alianza de expriistas con la "izquierda", las elecciones de 1994 se caracterizarían por la violencia. Ése fue su sello, acompañado, consecuentemente, del miedo. Ya Reyes Heroles nos había advertido contra "despertar al México bronco", y eso fue lo que sucedió ese año, que nos retrajo 70 años, al México de los veinte, cuando se asesinó a candidatos, estallaron varias rebeliones preelectorales y se exilió a los aspirantes vencidos.[79] Aunque de impacto menor, también sucedió que un aspirante a la

78 El proceso de elección de autoridades ejecutivas abarcaría también la de quienes fungirían como jefes delegacionales, hoy alcaldes y alcaldesas, responsables de gobernar localidades más pobladas que la inmensa mayoría de los municipios del país.

79 Serrano, Gómez y Obregón, entre los asesinados, y Bonillas, De la Huerta y Vasconcelos como exiliados. Agréguese que en 1910 el único candidato opositor –Madero– fue encarcelado, y en 1920 el presidente saliente –Carranza– fue asesinado.

Presidencia –Manuel Camacho– reclamara públicamente no haber sido beneficiado por el presidente saliente con la candidatura, conducta que confirmó el resquebrajamiento de la disciplina del PRI. Luego del aún inexplicado asesinato de Luis Donaldo Colosio,[80] el candidato con las mayores probabilidades de triunfo, se designó a un candidato que lo supliera, Ernesto Zedillo, a la postre el vencedor en aquellos comicios. Sus competidores principales fueron Diego Fernández de Cevallos, con un perfil muy diferente a los candidatos tradicionales del PAN, y Cuauhtémoc Cárdenas, que obtuvo muchos menos votos que seis años antes.[81]

Además de la violencia, 1994 se caracterizó por mostrar, sin ambages y en forma por demás cruda, el mayor problema del país: su inmensa desigualdad regional, económica, social y cultural. El mismo día que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte, que nos reconocía como país moderno, estallaba en Chiapas la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que evidenciaba el fracaso del modelo con que había sido gobernado el país desde la Revolución, casi un siglo antes.

---

80 Héctor Aguilar Camín, *La tragedia de Colosio*, México, Planeta, 2009.

81 Germán Pérez Fernández del Castillo, "La elección presidencial de 1994: las campañas que no fueron", en Georgette José (coord.), *op. cit.*

Hubo avances, y muchos, pero persistía la desigualdad. A pesar de todo ello el PRI volvió a obtener el triunfo,[82] seguramente por la incertidumbre y el miedo que padecía la población, como lo prueba el bajo abstencionismo que se registró.

El nuevo presidente entendió el contexto y las circunstancias de su triunfo. También eran conscientes de esta situación todos los protagonistas de los partidos políticos del país, pues desde finales de enero de ese 1994 propusieron firmar un Pacto por la Paz, la Democracia y la Justicia, que contemplara una gran reforma electoral,[83] pues las enormes inequidades debían ser erradicadas. En efecto, además de que era el único partido que contaba con cuadros experimentados, a finales del siglo XX el PRI aún disponía del apoyo de la administración pública de todo el país, de fácil acceso a los recursos gubernamentales y de trato preferencial entre los medios de comunicación.

---

82 Sin embargo, por primera vez el candidato del PRI no alcanzó el 50% de los votos emitidos, y el candidato del PAN obtuvo el 25% de los sufragios. En la elección de 1988 el PRI, ya en pleno declive, había obtenido apenas unas décimas arriba del 50%. La pregunta era cuánto duraría su carácter de partido dominante.

83 Un mes antes de las elecciones los partidos volvieron a comprometerse, cualquiera que fuera el resultado, al firmar el Acuerdo por la Civilidad, la Concordia y la Justicia en la Democracia.

Las elecciones del siglo XXI (a modo de colofón)

La reconstrucción y el análisis de las cuatro últimas elecciones presidenciales, a partir del año 2000, rebasan las capacidades profesionales de un historiador. Quienes las estudian son más bien politólogos y sociólogos.[84] Además, todavía están vivas y activas casi todas las personas que fueron sus protagonistas, quienes primero nos deben dejar sus valiosísimos testimonios.[85] En efecto, uno de los

84 Consúltense los libros y artículos referentes al tema de, entre muchos otros, Sergio Aguayo, Jorge Alcocer, Roger Bartra, Ricardo Becerra, María Amparo Casar, José Ramón Cossío, José Antonio Crespo, Carlos Elizondo, Fernando Escalante, José Fernández Santillán, Alonso Lujambio, Mauricio Merino, Juan Molinar, Arturo Nuñez, Jaqueline Peschard, Pedro Salazar, Jesús Silva Herzog Márquez, Raúl Trejo y Diego Valadés, además de otros trabajos de los autores ya citados en este texto.

85 Comprensiblemente, la naturaleza, el interés y la calidad de estos testimonios dependen del personaje que los produce. Hay confesiones autobiográficas escritas de propia mano, entrevistas biográficas y biografías autorizadas. Entre muchísimas, recomiendo Luis H. Álvarez, *Medio siglo. Andanzas de un político a favor de la democracia*, México, Plaza y Janés, 2006; Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, México, Aguilar, 2012; Porfirio Muñoz Ledo, *Historia Oral, 1933-1988*, México, Debate, 2017.

grandes cambios de los últimos años es el final de la secrecía. Si antes los políticos debían privilegiar la discreción, hoy prefieren ventilar constantemente sus reflexiones. Por eso los muchos reportajes y crónicas deben ser aprovechados como fuentes históricas,[86] lo que obliga a contrastarlas y a reducir al máximo la inmediatez de su naturaleza. Sobre todo, es preciso que concluyan estos procesos históricos, aún abiertos, para que puedan ser evaluados históricamente, y no desde posiciones político-partidistas.

Permítaseme concluir con cinco reflexiones:

1. Las elecciones del siglo XXI se han organizado y calificado con la última gran reforma normativa en la materia. Me refiero, obviamente, a la transformación del IFE en 1996 como institución autónoma e independiente, cambio que ya no fue concesión gubernamental sino reclamo generalizado. Fue un inmenso logro histórico dejar en el pasado las elecciones organizadas y calificadas por alguna instancia gubernamental que, inevitablemente, está conformada por elementos del partido

86 Jorge Castañeda, *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, México, Penguin Random House, 2015. Otros testimonios valiosísimos son los de Julio Scherer y los de Miguel Ángel Granados Chapa.

en el poder, que siempre buscará conservarlo. La mejor prueba de que la ciudadanización del IFE fue imprescindible para la democratización del país consiste en que en tres de estas cuatro elecciones obtuvo el triunfo un candidato opositor (Vicente Fox en 2000, Enrique Peña Nieto en 2012 y Andrés Manuel López Obrador en 2018),[87] mientras que nunca había tenido lugar una alternancia presidencial a todo lo largo del siglo XX.

2. Considero equivocada la postura que condena todo este último lapso histórico. Sin duda alguna se han padecido muchos problemas y vicios a lo largo de nuestra reciente historia electoral, como la pertinaz presencia de los llamados "partidos satélites", o "partidos negocio", pero sin duda la alternancia ha terminado por beneficiar a los tres —hoy cuatro— principales partidos, lo que prueba que la ciudadanía ha premiado y castigado las buenas campañas y las malas administraciones.[88]

87 El triunfo de López Obrador fue notable por el número de votos recibidos, ya que rebasó el 50% de los sufragios emitidos, lo que no sucedía desde 1994, y porque lo hizo con un partido nuevo, Morena, que desplazó al PRD luego de absorberlo casi totalmente; además, atrajo a un número considerable de priistas y acaparó el voto de muchos que antes habían votado por el PRI y –aunque menos– por el PAN. Nótese que surgió en un momento de grandes cuestionamientos a los tres partidos grandes.

88 En rigor, el Partido Verde y Movimiento Ciudadano han conseguido valiosos triunfos: un par de gubernaturas, varias alcaldías importantes y numerosas curules.

Reduciéndonos a lo estrictamente organizativo, los últimos 20 años han sido los mejores de toda nuestra historia electoral. Respecto a los resultados, las constantes alternancias y la variopinta conformación de todo el aparato gubernamental del país, tanto del Ejecutivo como del Legislativo, en los tres niveles de gobierno, son prueba de la complejísima condición política, económica, social y cultural del país. Son prueba también de que los muchos árbitros civiles han cumplido cabalmente con su responsabilidad.

3. La mirada histórica se puede hacer desde varias perspectivas: puede hacerse una historia normativa, teniendo a las diversas leyes, reglamentos y normas como hilo conductor. Puede hacerse una historia estadística, con cifras y porcentajes de los votos emitidos y con datos sobre la inevitable abstención. Se puede limitar la historia a las elecciones presidenciales, pero hay quienes estudian las contiendas legislativas, o bien fijan su óptica en lo regional o lo local. Asimismo, hay especialistas que, con una visión catastrofista, se interesan más en los fraudes, trampas y conflictos. Unos revisarán elección por elección, y otros dividirán su historia en periodizaciones más amplias: por ejemplo, de 1920 a 1940 predominaron los presidentes que antes habían sido secretarios de Guerra (Obregón, Calles, Abelardo

Rodríguez, Cárdenas y Ávila Camacho);[89] luego, durante casi 30 años predominaron los candidatos que habían sido secretarios de Gobernación (Alemán, Ruiz Cortines, Díaz Ordaz y Echeverría); después siguieron cuatro presidentes que procedían del sector económico (López Portillo, De la Madrid, Salinas y Zedillo);[90] finalmente, hemos tenido cuatro presidentes que antes eran líderes políticos de sus partidos.[91] No se trata de meras coincidencias. Esta relación de nombres refleja cuatro etapas de nuestra historia electoral: el periodo violento, dominado por militares; el del partido hegemónico, cuando el gobierno se encargaba de todo el proceso electoral; el de las crisis económicas, cuando el gobierno buscó no perder clientelas electorales de las clases medias y altas, antes tan fieles, y el de la competencia real y las alternancias. Ninguna perspectiva histórica es superior a las otras; todas son válidas, todas son aleccionadoras.

---

89 Con otra perspectiva, Lorenzo Meyer agrupó las elecciones de la primera mitad del siglo XX: "La Revolución mexicana y las elecciones presidenciales, 1911-1940", en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*, México, Siglo XXI Editores, 1985.

90 Para analizar las elecciones de los últimos decenios del siglo XX, véase Silvia Gómez Tagle, *La transición inconclusa: treinta años de elecciones en México, 1964-1994*, México, El Colegio de México, 2001.

91 Casos notables de liderazgo político son los de Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador, cada uno tres veces candidato a la Presidencia de la República.

4. Las enseñanzas que nos deja la revisión histórica de las elecciones del siglo XX son valiosísimas:

   - No permitir que los procesos electorales se resuelvan mediante la violencia, porque traerían consecuencias perniciosas.

   - No permitir que la organización y la calificación de las elecciones sean responsabilidad de una instancia gubernamental, porque siempre trataría de beneficiar al gobierno en turno.

   - Nunca volver a tener un partido hegemónico, los que sólo florecen en periodos de pensamiento único, pues va en contra de la pluralidad ideológica de México. En lo que deben coincidir todos los actores políticos es en buscar que en el país siempre prevalezca el "Estado de derecho", para que haya reglas claras; también deben coincidir en la lucha contra la desigualdad, verdadero flagelo de nuestra realidad; por último, todos deben coincidir en la defensa de las libertades, pues sin éstas se degrada la vida humana.

5. Confío en que al término del siglo XXI el Instituto Nacional Electoral (INE),[92] con los principios y características que lo distinguen, invite a una historiadora o historiador para que analice el devenir electoral mexicano durante la presente centuria, que sin duda será mucho mejor que la del siglo XX: seguramente habrá muchas alternancias en todos los niveles e instancias, y confío en que cada vez habrá menos conflictos. Mi optimismo se basa en la creciente responsabilidad de la sociedad mexicana y de una buena mayoría de los actores políticos.

92 Por su experiencia biográfica y su conocimiento académico del tema, son especialmente valiosos los escritos de las y los integrantes del IFE-INE. Reduciéndonos, por motivos de espacio, a los consejeros presidentes, recomiendo la lectura de José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*, México, El Colegio de México, 2012; Luis Carlos Ugalde, *Así lo viví: testimonio de la elección presidencial de 2006, la más competida de la historia moderna*, México, Grijalbo, 2008; Leonardo Valdés, *Reformas electorales en México: consecuencias políticas 1978-1991*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017; Lorenzo Córdova, *La (e)lección presidencial 2006*, México, Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, 2008; Lorenzo Córdova y Ernesto Núñez, *La democracia no se construyó en un día*, México, Grijalbo, 2021.

Referencias bibliográficas

Aguilar Camín, Héctor, *La tragedia de Colosio,* México, Planeta, 2009.

Alarcón, Laura, *1970: Efraín González Morfín en campaña,* Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2008.

Alessio Robles, Vito, *El antirreeleccionismo como afán libertario de México,* México, Editorial Porrúa, 1993.

Alonso, Jorge (coord.), *EL PDM,* Universidad de Guadalajara, 1989.

_____, *Tras la emergencia de la ciudadanía. Un acercamiento a la personalidad política de Efraín González Luna,* 2 vols., Guadalajara, ITESO, 1998.

Alvarado, Arturo, *El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario,* México, El Colegio de México, 1992.

_____, "La sucesión presidencial en 1976: José López Portillo", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Álvarez, Luis H., *Medio siglo. Andanzas de un político a favor de la democracia,* México, Plaza y Janés, 2006.

Ávila, Felipe, "Las elecciones de 1911, un ensayo democrático", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea,* México, UNAM-IIH, núm. 23, enero-junio de 2002.

Aziz Nassif, Alberto, "México 1988: entre la herencia y la transición", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Baranda, Marta y Lía García Verástegui, *Adolfo López Mateos, estadista mexicano,* México, Gobierno del Estado de México, 1987.

Cano, Gabriela, *Democracia y género. Historia del debate público en torno al sufragio femenino en México,* México, INE (Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, núm. 40), 2020.

Cárdenas, Cuauhtémoc, *Sobre mis pasos,* México, Aguilar, 2012.

Castañeda, Jorge, *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México,* México, Penguin Random House, 2015.

Castro, Pedro, "La campaña presidencial de 1927-1928 y el ocaso del caudillismo", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* México, UNAM-IIH, núm. 23, enero-junio de 2002.

_____, *A la sombra de un caudillo. Vida y muerte del general Francisco R. Serrano,* México, Editorial Plaza y Janés, 2005.

Contreras, Ariel José, "Estado y sociedad civil en el proceso electoral de 1940", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo,* México, ERA, 1974.

Córdova, Lorenzo, *La (e)lección presidencial 2006,* México, Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, 2008.

_____ y Ernesto Núñez, *La democracia no se construyó en un día,* México, Grijalbo, 2021.

Cosío Villegas, Daniel, *El estilo personal de gobernar,* México, Joaquín Mortiz, 1974.

_____, *El sistema político mexicano,* México, Joaquín Mortiz, 1972.

García Orozco, Antonio, *La legislación electoral mexicana, 1812-1977,* México, Gaceta Informativa de la Comisión Federal Electoral, 1978.

Garciadiego, Javier, "Las elecciones de 1917 o la búsqueda de la legitimidad", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

_____, "Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929", en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México,* México, Reflejo GM Medios, núm. 10, enero-marzo de 2011.

Garrido, Luis Javier, *El Partido de la Revolución Institucional (Medio siglo de poder político en México). La formación del nuevo Estado en México, 1928-1945,* México, Siglo XXI Editores, 1982.

_____, *La ruptura: la Corriente Democrática del PRI,* México, Grijalbo, 1993.

Gómez Tagle, Silvia, *La transición inconclusa: treinta años de elecciones en México, 1964-1994,* México, El Colegio de México, 2001.

González Compean, Miguel y Leonardo Lomelí (coords.), *El Partido de la Revolución. Instituciones y conflictos (1928-1999),* México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

González Franco, Alejandro, "La sucesión presidencial de 1946", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

González Luna, Ana María y Alejandra Gómez Morin Fuentes, *Una amistad sin sombras,* México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

González Marín, Silvia, *Prensa y poder político. La elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana,* México, Siglo XXI Editores, UNAM-IIB, 2006.

_____, "Candidatos y campañas: la elección presidencial de 1940", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas*

y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006, México, UNAM, 2012.

Hernández, Rogelio, *La formación de un político mexicano: el caso de Carlos A. Madrazo,* México, El Colegio de México, 1991.

Hurtado, Guillermo, *El pensamiento del segundo Vasconcelos,* México, UNAM, 2020.

José, Georgette (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

_____, *El relevo del caudillo (de cómo y por qué Calles fue candidato presidencial)*, México, El Caballito, 1982.

_____, *La campaña presidencial de 1923-1924 en México*, México, UNAM, 1998.

_____ (coord.), "La primera campaña presidencial posrevolucionaria exitosa: 1923-1924", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana,* México, Siglo XXI Editores, 1976.

_____, "El timón y la tormenta", en *Vuelta,* núm. 71, septiembre de 1982.

_____, "Pasión y contemplación en Vasconcelos", en *Vuelta,* núms. 78 y 79, mayo y junio de 1983.

_____, "José Vasconcelos, la grandeza del caudillo", en *Letras Libres,* núm. 24, diciembre de 2000.

Lajous, Alejandra, *Los orígenes del partido único en México,* México, UNAM, 1979.

_____, "La primera campaña del PNR y la oposición vasconcelista", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Leñero, Vicente, *Los periodistas,* México, Joaquín Mortiz, 1978.

Loaeza, Soledad, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994,* México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

_____, "La tradición del reformismo político en México y Jesús Reyes Heroles", en VV. AA., *Homenaje a Jesús Reyes Heroles,* México, El Colegio de México, 2011.

_____, "¿Reelegirme yo?", en *Nexos,* abril de 2021.

Loyo, Aurora, *El movimiento magisterial de 1958 en México,* México, Ediciones ERA, 1979.

_____, "La movilización sindical, factor decisivo en la elección de López Mateos", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Loyola, Rafael, *La crisis Obregón-Calles y el Estado Mexicano,* México, Siglo XXI Editores, 1991.

_____, "La reelección de Obregón y la designación conciliatoria de Portes Gil", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Mac Gregor, Josefina, "1913: la primera elección presidencial a través del voto directo. Pésimo augurio", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales*

en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006, México, UNAM, 2012.

_____, "Intentos democratizadores: las campañas presidenciales de 1910 y 1911", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Mac Gregor Campuzano, Javier, "Campañas electorales en México, en 1927-1928", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Márquez, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista Mexicano: en el periodo de la Internacional Comunista, 1919-1943,* México, Ediciones El Caballito, 1973.

Martínez Assad, Carlos, "La elección de Cárdenas, el nuevo rumbo", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Marván Laborde, María, "La ideología de la transición y la elección de Luis Echeverría", en Carlos Martínez Assad

(coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Matute, Álvaro, *La carrera del caudillo,* México, El Colegio de México, 1980.

_____, "La primera campaña electoral de Álvaro Obregón: 1919-1920", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Meyer, Lorenzo, "La Revolución mexicana y las elecciones presidenciales, 1911-1940", en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas*, México, Siglo XXI Editores, 1985.

Michaels, Albert L., "Las elecciones de 1940", en *Historia Mexicana,* núm. 81, El Colegio de México, julio-septiembre de 1971.

Mirón Lince, Rosa María, "1970: un estilo personal de sucesión presidencial", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Muñoz Ledo, Porfirio, *Historia Oral, 1933-1988,* México, Debate, 2017.

Navarro V., Pavel, "Todos a la izquierda. La campaña presidencial de 1934", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Pérez Fernández del Castillo, Germán, "La elección presidencial de 1976: José López Portillo, candidato sin oposición", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006*, México, UNAM, 2012.

_____, "La elección presidencial de 1994: las campañas que no fueron", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Pineda, Hugo, *José Vasconcelos. Político Mexicano, 1928-1929,* México, Edutex, 1975.

Portilla, Santiago, *Crónica de la campaña electoral de Miguel de la Madrid,* México, Presidencia de la República, Fondo de Cultura Económica, 1988.

_____, *Campaña electoral y elecciones federales, 1987-1988,* México, Presidencia de la República, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Pozas Horcasitas, Ricardo, *La democracia en blanco. El movimiento médico en 1965,* México, Siglo XXI Editores, 1993.

_____, "La democracia fallida: la batalla de Carlos A. Madrazo por cambiar al PRI", en *Revista Mexicana de Sociología,* México, UNAM-IIS, enero-marzo de 2008.

_____, "La elección presidencial de Gustavo Díaz Ordaz", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Ramírez Rancaño, Mario, "La candidatura de Gustavo Díaz Ordaz", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Rodríguez Araujo, Octavio, *La reforma política y los partidos en México,* México, Siglo XXI Editores, 1989.

Salmerón, Pedro, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político, empresario,* México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

_____, "El primer candidato del partido de Estado. La 'invención' de Pascual Ortiz Rubio y la lealtad institucional de Aarón Sáenz", en *Boletín del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca,* núm. 57, enero-abril de 2008.

Sánchez Gutiérrez, Arturo, "La elección de Miguel de la Madrid", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988,* México, Nueva Imagen, 1992.

Serrano Álvarez, Pablo, "Las elecciones de 1958: el encumbramiento presidencial de Adolfo López Mateos", en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México, de la República Restaurada al México de la alternancia, 1867-2006,* México, UNAM, 2012.

Servín, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954,* México, Editorial Cal y Arena, 2001.

Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929,* México, Siglo XXI Editores, 1978.

Spencer, Daniela, *En combate. La vida de Lombardo Toledano,* México, Debate, 2018.

Torres-Ruiz, René, *La senda democrática en México. Origen, desarrollo y declive del PRD, 1988-2018*, México, Editorial Gernika, 2019.

Ugalde, Luis Carlos, *Así lo viví: testimonio de la elección presidencial de 2006, la más competida de la historia moderna,* México, Grijalbo, 2008.

Valdés, Leonardo, *Reformas electorales en México. Consecuencias políticas (1978-1991),* México, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Vázquez Mantecón, Verónica, "Selección bibliográfica sobre los principales partidos políticos mexicanos, 1906-1970", en *Revista Mexicana de Sociología,* vol. 39, núm. 2, abril-junio de 1977.

Woldenberg, José, *Historia mínima de la transición democrática en México,* México, El Colegio de México, 2012.

Sobre el autor

Javier Garciadiego Dantán es licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Nacional Autónoma de México, maestro en Historia por la Universidad de Chicago y doctor en Historia de México por El Colegio de México, y en Historia de América Latina por la Universidad de Chicago.

Es especialista en historia de la Revolución mexicana, sobre todo en sus aspectos sociopolítico y cultural, en un corte cronológico que abarca de finales del siglo XIX a mediados del XX.

Actualmente es profesor-investigador en El Colegio de México. Ha sido profesor visitante en diversas universidades del extranjero, entre ellas la Autónoma de Madrid, la Complutense, la de Salamanca y el Instituto Universitario Ortega y Gasset, en España, así como en las de Chicago, Columbia, Dublín, Florencia y Jerusalén. Ha impartido

conferencias en múltiples universidades de América y Europa, así como en Pekín y Tokio. Es constante conferencista en todo el territorio nacional.

Entre sus reconocimientos y distinciones destacan los doctorados *honoris causa* otorgados por la Universidad de Atenas, Grecia, la Universidad de General San Martín, de Argentina, y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Obtuvo el premio Salvador Azuela en dos ocasiones, el premio Biografías para Leerse, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, y el Premio Crónica en la categoría de Academia. Ha recibido las medallas: Ignacio Manuel Altamirano, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; Capitán Alonso de León, que otorga la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, y al Mérito en Investigación Histórica, que otorga el gobierno de Zacatecas.

Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores –nivel III–, de la Academia Mexicana de la Historia, de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Junta de Gobierno de la UNAM y de El Colegio Nacional.

Algunas de sus principales publicaciones son: *Así fue la Revolución mexicana*, en 8 volúmenes (coordinador académico general); *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*; *Porfiristas*

eminentes; *Alfonso Reyes*; *La Revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*; *Introducción histórica a la Revolución mexicana*; *Cultura y política en el México posrevolucionario*; *Textos de la Revolución mexicana*; *Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana*; *1913-1914*: *De Guadalupe a Teoloyucan*; *Alfonso Reyes y Carlos Fuentes. Una amistad literaria*; *Alfonso Reyes, "un hijo menor de la palabra". Antología*; *Autores, editoriales, instituciones y libros. Ensayos de historia intelectual*; *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México,* y *Hacia el Centenario de la Constitución. Discurso de Ingreso a El Colegio Nacional*. En 2019 editó *Cartilla Moral* y *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, y coordinó el primer volumen de una serie de 10 titulado *México (Moderno) a través de sus décadas*. Es autor de los capítulos de "Revolución mexicana" en los libros *Nueva Historia General de México* y *Nueva Historia Mínima de México* (editado en millones de ejemplares y traducido a más de 20 idiomas), ambos publicados por El Colegio de México.

Fue director general del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, presidente de El Colegio de México y director del Centro de Estudios Históricos de la misma institución. Se encuentra al frente de la Capilla Alfonsina y de la Academia Mexicana de la Historia, de la que fue electo director en 2018.

39

Historia mínima de las elecciones en México

Se utilizaron las familias tipográficas Adobe Acumin Pro, Slate Pro, Meta Pro y Seravek.

La edición estuvo al cuidado de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Nacional Electoral.

39

CONFERENCIAS MAGISTRALES

Consulta el catálogo
de publicaciones del INE

INE
Instituto Nacional Electoral

creative commons